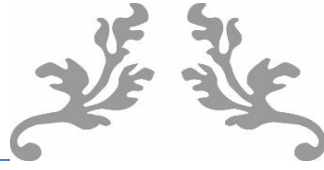


AINA CASTILLO



*Su
Secreto*

SUMISA ROTA Y AMO MILLONARIO ALFA



SU SECRETO

Sumisa Rota y Amo Millonario Alfa



Por Aina Castillo

© Aina Castillo 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Aina Castillo.

Primera Edición.

Dedicado a Carol y Amy

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [Haz click aquí](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> [Haz click aquí](#) <--

*para suscribirte a mi boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento*

GRATIS

I

-Hola, buenos días. Por favor, me da un café negro bien cargado, un bollo dulce y un agua mineral con gas.

-Hola, buenos días. Bien... A ver... Perfecto. ¿Desea algo más?

-Uhhh. A ver. Ah, también agrega un cappuccino pero bien suave, con crema. Si es de soya, mejor.

-Bien, un capuccino suave con crema de soya. ¿Algo más?

-No, está muy bien.

-Vale.

Ella escribió rápidamente la orden en esa pantalla con habilidad. El tiempo le había ayudado a adaptarse rápidamente. Era necesario puesto que le daba un plus a su desempeño laboral.

-Bien, son 12,50, por favor.

Recibió un billete de 20, introdujo la cuenta y volvió a tocar la pantalla con su índice. Con cuidado, con calma. Se escuchó un ligero "clinc" y se abrió la caja registradora. Extrajo el cambio y lo extendió a la mujer que tenía en frente. Disolvió la sonrisa forzada para volver a repetir el mensaje de bienvenida a la persona que estaba detrás... Y así fue hasta cuatro horas más, entre el cansancio en los pies, los gritos de los niños y la queja de la gente. Entre tanto suspiraba y pensaba para sus adentros si la vida era un compendio de cosas que debía soportar.

La mañana transcurrió y Mar finalmente le cedió el puesto a una de sus compañeras.

-¿Estás durmiendo bien?

-Más o menos. Estoy en exámenes.

-Vaya... Podemos cambiar de horario si quieres. A lo mejor así te resulta conveniente. ¿Qué dices?

La oferta era tentadora pero ella la rechazó. Lo cierto era que prefería eso de esa manera porque le daba la oportunidad de tener el

resto del día tan organizado como podía. No, no, mejor no.

Se quitó el delantal y fue a limpiar las mesas que estaban vacías. Hacía ese movimiento mecánico que le habían enseñado, supuestamente, porque así la superficie quedaba mejor de esa manera. Cada vez que pasaba el paño húmedo de desinfectante especial y agua, reflejaba el desánimo que tenía encima. A veces le daba risa eso porque se recordaba a sí misma que tenía 19 años. “Una vida por delante”, podría decir cualquiera pero, ¿qué hacer cuando apenas con esa edad lo único que quería era desaparecer?

Miró el reloj en la pared y fue hacia la cocina para cambiarse. Ya era hora de ir a la universidad y repasar los apuntes para el examen de más tarde.

-¿Puedes venir mañana a la misma hora?

El gerente la interceptó cuando estaba a punto de salir. Gruñó internamente porque era su día libre.

-Sí... Sé que es tu día libre pero resulta que María no puede venir, justamente me llamó para avisarme.

Él la miró con cara suplicante mientras que ella estaba segura que tenía esa expresión de piedra.

-Venga, Mar. Sabes que son horas extras y te pegaré mañana mismo. ¿Te parece?

Cuando estuvo a punto de decir que no, pensó que un poco de dinero no le caería mal puesto que tenía que hacer unos cuantos gastos que había retrasado demasiado. Echó la cabeza hacia un lado y le dijo un “sí, está bien”, con desgano.

-Sabía que podía contar contigo.

No respondió, salió corriendo porque llevaba prisa, además, ya no quería estar allí.

Estaba trabajando en ese café desde hacía tiempo. Fue el único trabajo que le daba cierta flexibilidad con los horarios. No se pondrían gilipollas con ella si tenía algún examen, y si se retrasaba, podía compensar las horas sin que aquello representara una tragedia.

Nada mal.

También aceptó el trabajo porque necesitaba el dinero para sus gastos aunque tenía una posición más o menos acomodada. Pero, siendo sinceros, eso fue básicamente para tratar de buscar desesperadamente una excusa para tener una vida un poco más interesante.

Por un tiempo las cosas le resultaron un poco emocionantes, sin dejar de lado que recibía dinero por ello. Estaba experimentando las mieles de la independencia y a pensar verdaderamente que estaba encaminándose hacia una existencia que valía la pena... Pero no fue así, no para su mayor preocupación.

Cayó de nuevo en esa rutina intensa y desesperante, aunque fue un poco peor porque tenía que lidiar con el estrés de la universidad y el trabajo. Todo junto.

Pero eso formó parte de la decisión que había tomado. Eso fue algo que quiso para sí misma y no le quedaba otra opción que aceptarlo con dignidad. Nada más. Por otro lado, pensó que sería interesante porque así no tendría que pensar en lidiar con los problemas que tenía en casa.

Si bien tenía un estilo acomodado, sus padres eran las típicas personas que esperaban demasiado de sus hijos. Mar era la última y por suerte no tuvo que enfrentarse a la presión de sus dos hermanas mayores. Sin embargo, las dos habían sido exitosas en sus campos y de cierta manera se habían librado un poco de todo. También ayudó el hecho de irse de casa, por lo que Mar no le quedó más remedio que vivir en la sombra de ellas.

Su madre era pediatra y su padre cardiólogo, era de esperarse que los dos quisieran que su descendencia siguiera la misma inclinación de ellos hacia la medicina. Laura, la mayor, lo hizo, mientras que Helena, se dedicó a la ciencia al convertirse en ingeniera química. Eso sí, las dos destacaron como seres brillantes e inteligentes, recibían reconocimientos por sus calificaciones y por su buena conducta.

El caso de Mar era un poco más complicado, ella era amante del arte y especialmente, del dibujo y la pintura. Siempre tomaba un lápiz y un papel para hacer un garabato. Sus padres no lo consideraron como algo serio puesto que supusieron que se trataba de un pasatiempo.

No obstante, se percataron que esa aparente inquietud comenzó a tomar fuerza a medida que iba creciendo. Ya no sólo eran lápices, colores y hojas blancas, también estaba la insistencia de comprar acrílicos, lienzos y pinceles. Estaba tan entusiasmada que ya había organizado una serie de obras que había guardado en su habitación para mostrarlas después.

-Querida, tu padre y yo nos hemos dado cuenta que esto de pintar quizás esté yendo demasiado lejos. ¿No crees que deberías dedicarte a algo, digamos, un poco más productivo?

La joven Mar, en medio de su inocencia, no tenía idea de lo que su madre quería decirle. Sólo podía pensar que era feliz cuando pintaba y que quería perpetuar esa sensación todo el tiempo que fuera posible.

Así que se quedó mirándola, con los ojos fijos y con la sensación de no saber bien de lo que estaba hablando.

-¿A qué te refieres? –Logró responder con secamente.

-Que creemos que perderás el tiempo en ello, hija, es mejor que te dediques a algo más interesante y retador, algo que vaya a la vanguardia del mundo actual y que te permita tener una vida como la que has tenido hasta ahora.

A pesar de ser tan joven, ella comprendió perfectamente el contenido de esas palabras. Esas mismas que cayeron sobre ella como si fuera un peso directo al pecho. Esa sensación tan cruel y cruda que la hizo entender que tenía que reprimir una de las cosas que más amaba en el mundo para complacer a otros. Estaba decidida a cambiar la situación cuando tuviera una mínima oportunidad.

Después de ese día, ya no pudo refugiarse en lo que más quería

en el mundo, sino que, según recomendación de sus padres, debía buscar algo acorde a sus aptitudes y capacidades mentales.

Así pues, dejó los pinceles, lápices, hojas blancas que siempre tenía por allí, los lienzos –que tuvo que desechar-, las cajas de colores y la tinta china que había adquirido para un proyecto, con el fin de “concentrarse” en los deseos de sus progenitores.

Resultó que dentro de todo era buena con los números y que tenía una inclinación natural a comprender el mundo de los negocios. Así que mostró interés en la Administración y en Economía, puesto que sabía que podría ayudarla eventualmente.

La familia estaba contenta pero ella no tanto, sobre todo porque empezó el camino de su juventud adulta de la peor manera posible. Sus hermanas trataron de alentarla desde sus trincheras, así que pensó que después de todo no estaba sola. Había gente que sabía muy bien por lo que estaba pasando, así que comprendían su situación.

De resto, Mar se postuló a una de las mejores universidades de Negocios mientras pensaba qué hacer sobre su verdadera pasión. Le dio el beneficio de la duda a sus padres y supuso que lo mejor para ella era ciertamente el desechar la pintura.

Así que un día, después de recibir la carta con la admisión de la universidad, pensó que era buen momento de botar las cosas del colegio. Entre bolsas negras, se topó con dibujos y pinturas pequeñas, además de los lienzos olvidados. La nostalgia la golpeó de frente y se sinceró consigo misma, nunca sería capaz de renunciar a ello por completo, por más que quisiera.

Recogió esas cosas y las colocó en un lugar en donde sólo ella tendría acceso. Volvió pintar desde la oscuridad y el desconocimiento de sus padres.

Aunque pensó que había tenido una victoria frente a sus padres, aún persistía esa sensación de asfixia y desolación. No sabía qué hacer ni cómo motivar para sentirse mejor.

Apenas entró a la universidad, se dio cuenta que el mundo era completamente diferente a lo que había conocido antes. Un mar de gente con todos los estilos y todas las líneas de pensamiento posibles. Todos con aspiraciones como ella y con ganas de vivir también ese impulso de la espontaneidad gracias al vigor de la juventud.

Para una persona un poco tímida y retraída, todos esos cambios le resultaron un poco intimidantes. No era para menos. Era un entorno completamente diferente y no sabía cómo resultarían las cosas.

En contra de la opinión de sus padres, se mudó a una residencia estudiantil no muy lejos del campus. Quería libertad o al menos un poco de ella, en cambio prometió que daría las mejores calificaciones para probar que no descuidaría los estudios. El pacto se hizo y ella de inmediato comenzó a trabajar en ello.

Durante los pocos ratos de ocio, a veces se sentaba en la fuente central para comer un bocadillo o tomar un poco de sol en esa ciudad que a veces podía ser muy gris. Aprovechaba el tiempo para relajarse y también para mirar a la gente. No podía quitar su curiosidad sobre esas parejas que andaban juntas, tomadas de la mano y como concentradas en sí mismas, como si en el mundo no hubiera nada más.

Eso, al menos para ella, resultó ser todo un enigma. Había pasado largos años en una batalla personal que le impidió saber con certeza lo que era el intercambio afectivo con la gente, sobre todo con el sexo opuesto.

Había observado a sus hermanas con sus novios y trató de comprender la dinámica que había allí. Los besos, los abrazos, esas muestras de cariño que a veces se escapan cuando no había contacto físico implícito. Todo eso que estaba allí y que le parecía tan llamativo, tan atrayente.

Ahora lo volvía a ver sentada en ese lugar, con esa misma expresión curiosa de cuando era niña. Quería comprender lo que era

eso, quería experimentarlo pero también tenía la sensación de que ella no era como las demás, o al menos no como el común de las personas.

Lo cierto es que no faltó demasiado tiempo para que la dulce Mar comenzara a salir con varios chicos de la facultad. Al principio estaba temerosa porque era un mundo completamente ajeno al suyo, diferente a lo que había vivido antes, pero se dijo a sí misma que estaba en la mejor época de su vida así que tenía que aventurarse un poco.

Pasó por una serie de citas sencillas, nada estrafalarias con jóvenes más o menos parecidos a ella: tranquilos e inteligentes. Unos cuantos no fueron tan malos, pero lo cierto es que sentía que faltaba algo más pero no estaba segura de qué exactamente.

Su primer contacto con el sexo lo tuvo con un compañero de su clase que empezó a mostrar real interés en ella. Por un momento, Mar no le prestó demasiada atención pero luego pensó que sería realmente conveniente por si quería darse la oportunidad de explorar el mundo de la carne y la pasión.

En términos generales, él era alguien agradable y fácil de hablar, tenían temas en común y era uno de los chicos más inteligentes de su clase, así que al menos podía contar con un poco de sapiencia al respecto.

Ambos decidieron salir a cenar después de presentar la evaluación al final del semestre, por lo que fueron a un restaurante italiano que estaba cerca del campus y en el que solían ir varios de sus compañeros.

Tomaron una silla en las afueras del restaurante a pesar de la brisa fría de la noche. Mar pretendía escucharlo y asentía de vez en cuando al decir algo que necesitaba aprobación, sin embargo, estaba concentrada en lo que sentía por él en ese momento y en cómo quería manifestar su deseo de estar a solas con él.

Pidieron una pizza y el tío seguía con esa verborrea imparable.

Así que continuó asintiendo y comiendo los bocados ya fríos de pizza mientras que él insistía en compartir números y cálculos.

-Sabes que el profesor me entregó las notas del anterior proyecto y vi que me corrigió mal uno de los ejercicios. Creo que tendré que ir a la facultad para preguntarle porque creo que está correcto. Esto me hace sentir, ya sabes, un poco tonto porque...

-¿Por qué no cogemos?

Dijo ella secamente. A verdad estaba cansada de escucharlo sin tener una propuesta clara. Sabía que le gustaba así que acertó el camino porque de seguir así, no llegarían a ninguna parte.

Él se quedó mudo y luego se sonrojó violentamente. Ella se mostró un poco impaciente pero sabía que tenía que tener un poco de paciencia, así que se quedó unos minutos callada, esperando a lo que él tenía que responder.

-Ehm... Oye, esto me ha tomado por sorpresa como te diste cuenta, pero... Ehm...

-¿Te parece? La verdad es que ya hemos salido varias veces y me da la sensación de que siempre estamos dando vueltas en círculos. Quiero saber si estás interesado, de lo contrario, no hay problema. Podemos dejarlo hasta allí.

El chico se quedó en el sitio, no supo qué decir y menos con la propuesta tan inesperada. Trató de calmar el rubor de las mejillas al beber de un solo golpe el resto de cerveza que aún tenía en el vaso que tenía frente a sí.

Respiró profundo y la miró fijamente. Asintió lentamente y le hizo un gesto al mesonero para que le llevara la cuenta. Después de pagar, salieron juntos.

Mar estaba un poco emocionada y dispuesta a experimentar un poco más la situación, su acompañante le había abierto la puerta del coche para ambos fueran a un lugar un poco más privado y tranquilo.

Optaron por un ir a un hotel no muy lejos del centro de la ciudad, uno que según algunas reseñas de otras personas, era un sitio limpio

y cómodo.

Ella se encargó de pagar por las horas y ambos subieron las escaleras lentamente. El silencio del lugar los hizo sentir nerviosos y con ansiedad. Mar extendió la mano en donde tenía la llave de la habitación. Los recibió la oscuridad y ese ligero olor a humedad. Mar pensó que se trataba del frío intermitente de la estación.

Ambos entraron y él encendió la luz del techo. Ese tono de luz frío y azulado no la hizo sentir cómoda, así que le preguntó si podía apagarla en cambio de usar una de las lámparas de las mesas de noche. Él accedió.

Se quitaron los abrigos, los bolsos y se sentaron juntos en la cama. La cerveza había hecho efecto en ella por lo que estaba un poco desinhibida. Se acercó a él y lo miró fijamente, con su mano tocó su rostro y se acercó con lentitud. La tensión se hizo palpable hasta que por fin se habían besado.

Los labios de los dos se juntaron juntos y de inmediato comenzaron a jugar con sus lenguas. La sensación fue agradable, placentera e ideal para acrecentar la excitación. Mar, a diferencia de lo que había pensado, no estaba angustiada ni preocupada. Más bien se encontraba ansiosa por experimentar las mieles del sexo.

Entre los besos y las caricias, ambos terminaron sobre la cama. El tío demostró que era un poco torpe al respecto porque parecía que le costaba quitarle la ropa a ella. Mar agradeció estar alcoholizada porque de lo contrario era posible que hubiera terminado de mal humor.

Lo cierto es que al final los dos quedaron desnudos y comenzó la odisea del sexo. Unas cuantas caricias insulsas y besos apresurados dieron pie a una penetración un tanto dolorosa para ella, quien pensó en la suerte de no haber estado con alguien a quien le tuviera particular afecto.

Mientras él estaba sobre ella, mirándola con deseo, Mar sabía que ella no tenía esa misma sensación que él porque lo usaba para dar fin

a su virginidad y como afán de descubrir aún más de sí misma. Incluso, en cortos periodos de tiempo, sentía un inmenso placer y trató de entender mucho más esas sensaciones para encontrarles algún sentido.

Luego de unas horas, ambos salieron de ese lugar sin decir demasiado. Para Mar había sido más que suficiente y quizás fue lo mismo para él, no lo supo realmente porque decidió que sería la primera y última vez que estaría con él. Había sido demasiado para una noche.

Aunque la llamó de manera insistente por varios días, Mar optó por abrazar la soltería y las relaciones casuales. Así que la experiencia sexual cobró un poco más de sentido con el paso de sus compañeros.

Unos eran muy buenos y les permitió entender mejor sobre el tema. Conoció el mundo del sexo oral, el gusto por recibirlo, el placer que le daba el que le apretaran el cuello durante la penetración y las nalgadas. Quizás su parte favorita durante todo el acto.

Sin embargo, la sensación persistía: podía salir con hombres atractivos, podía tener sexo con ellos y divertirse un rato y aun así sentir que algo faltaba, algo que no estaba del todo bien.

Un día fue a la biblioteca para buscar unos libros sobre ejercicios que debía resolver. Entre todo el desgano y el cansancio que sentía debido a la universidad y al trabajo, Mar se sentó en una mesa compartida con un par de chicas que parecían hablar muy animadamente.

-Venga, tía, ¿pero qué hizo? Mejor dicho, ¿qué te hizo?

-No hables tan duro, eh, que nos pueden escuchar.

-Aquí cada quien anda en lo suyo, así que no te preocupes. A ver, cuenta, cuenta.

Mar quiso verdaderamente no escuchar pero las voces eran agudas y muy penetrantes, así que no le quedó más remedio que enterarse de todo. No obstante, no sabía que las palabras que

estaban a punto de escuchar la ayudarían a iluminar más sobre ella.

-Lo que pasa es que me llevó a una de esas tiendas sadomasoquistas. Estaba asustadísima porque el tío es Dominante, pero él estaba dispuesto a enseñarme todo, TODO. Así que entramos y me mostró cadenas, látigos, consoladores y hasta máscaras. Tía hay tantas cosas que te cagas, es increíble. Con decirte que hasta la vendedora estaba vestida como un poni.

-¿Un poni?

-Sí, tía, un poni. La chica nos contó que después de trabajar debía pasear a su Amo porque era el castigo por no haberle hecho caso en una orden que le había pedido. ¿No es una locura?

-Pero es para flipar todo esto. Yo hubiera puesto la quijada en el suelo, todo es tan diferente.

-Demasiado. Pues, te digo, me compró una máscara de cuero y unos látigos, unos pequeñitos que si los ves, piensas que son cosas súper tiernas. Ja, ja, ja, ja. Pero sí, estoy saliendo con un tío sádico y creo que me encanta.

Las risas hicieron eco en el gran salón mientras que una mujer de lentes le llamó la atención por el ruido que habían hecho. Al otro lado de la mesa, Mar fingió en todo momento gracias a los audífonos que tenía puestos.

Escuchó todo y mucho más de lo que hubiera querido, pero lo cierto es que se sintió intrigada por todo aquello así que se dispuso a investigar.

Se quedó en la biblioteca por un poco más de tiempo, de hecho, no se había dado cuenta que ya era de noche y todo por el afán de curiosidad que tenía sobre lo que estaban hablando esas desconocidas.

Pidió una computadora un poco alejada de la sala principal y se sentó allí con cara de concentración. Miró hacia todos lados como para asegurarse de que no la fastidiaran, entonces, respiró profundo e introdujo la primera palabra que recordó de esa conversación:

“Dominante”.

Por alguna razón infirió que se trataba de algo relacionado al sexo y al control y cuando miró las primeras imágenes al respecto, sintió ganas de celebrar. Primero, quiso ver fotos y todo contenido visual primero para tener un buen avance sobre el tema. Se topó entonces con mujeres con máscaras de látex y cuero, látigos, mordazas, vendas, cadenas, cuerdas y una interesante variedad de poses y de material que le ayudó a entender en primera mano algunas cosas que había escuchado.

Ahora, con el panorama un poco más claro, se dedicó a leer con calma sobre esos preceptos sexuales. Escogió como entrada un largo artículo de Wikipedia que le sirvió para entender todo el contexto. Sencillo y conciso, todo lo que quería saber de una manera clara.

Después se decantó por blogs y páginas más especializadas y más tarde, optó por los foros. La intervención de la gente en una interacción atrevida y con un lenguaje explícito casi la hizo sentir tan excitada como nunca.

El palpito de su coño se hizo extraordinariamente fuerte y pareció entender que durante mucho tiempo era como si hubiera despertado algo dentro de sí: esas ansias de ser poseída por alguien, de ser controlada, de ser tomada de la manera más brusca posible.

Al satisfacer toda esa hambre de conocimiento, Mar cerró las páginas y echó su espalda para atrás, respiró profundo y se dio cuenta que acababa de vivir un momento crucial: por fin había definido una parte esencial de ella misma, por fin se dio cuenta que su alma, cuerpo y espíritu pertenecían a la misma cosa: al BDSM.

Salió de la biblioteca ya de noche. Caminó con cierta prisa porque estaba ansiosa por tocarse. Cada paso era tortura y acto de paciencia porque tenía que esperar. Sin embargo, no tardó demasiado y arribó al pequeño edificio en cuestión de minutos.

Entró al mini piso y echó su morral a un costado de la puerta. Cerró y comenzó a desvestirse como si la ropa la molestara, estaba

desesperada por tocarse con urgencia. No alcanzó siquiera a ir a la habitación, sólo pudo echarse sobre el sofá, abrir la piernas y palpar con un par de dedos lo empapada que estaba.

Primero soltó un largo y fuerte gemido, y después se dispuso a tocarse como había deseado por tanto tiempo. Una de sus manos fue hacia su pecho y la otra se concentró en el clítoris. Dio círculos pequeños, suaves, hasta que lo hizo con mayor fuerza, tanto que experimentó una serie de espasmos y de sonidos fuertes que trató de reprimir para no ser demasiado ruidosa.

Luego de estimularse lo suficiente, metió un par de dedos y allí sintió que lo bueno apenas estaba comenzando. Regulaba la intensidad dependiendo de lo que estuviera pensando, pero era obvio que tenía que ver con todo ese tema que acaba descubrir.

Imaginaba a un tío grande que la sometía a cualquier tipo de torturas, que la amarraba y que le embestía de todas las maneras posibles. Que la llenaba de su semen, de sangre y sudor y aun así, a pesar de la desesperación, el dolor y el cansancio, siempre quería más, mucho más.

Ese momento sirvió para hacerla sentir que había pasado una especie de interruptor, como que si la información de la cual había sido privada, por fin había invadido sus neuronas para darle un sentido más importante a su vida. Era lo que había querido siempre.

Siguió tocándose, pensando en las texturas de las cuerdas sobre su cuerpo, el suponer el dolor de sentir los latigazos y de la apariencia de la piel abierta para finalmente explotar en sus dedos y quedar exhausta.

Tras unos minutos después, tras darse cuenta de que había tenido un orgasmo tan intenso, se convenció a sí misma que estaba en el camino correcto pero que no sabía muy bien cómo continuar allí.

El alivio que se daba a sí misma era ese, tenía más o menos claro lo que le gustaba pero sabía que tenía que esconder todo aquello por las opiniones sobre el tema. Incluso, hizo la prueba de mencionar

ligeramente el tema a amigos y un par de amantes lo que fue suficiente para darse cuenta que no era de mucho agrado. Incluso, recibió opiniones muy extremas:

-¿Pero de qué hablas? Eso es para pervertidos.

-El mundo está así porque gente así. Ni hablar.

-Creo que no deberían existir ese tipo de prácticas. Son deplorables.

Externamente, Mar mostraba cierto grado de afirmación ante ello aunque no era así en su interior. De hecho, de hecho, comenzó a sentirse más culpable por tener dichas inclinaciones y por no tener la posibilidad de manifestarlas como quisiera.

Las pocas veces en las que accedía tener sexo, a veces lo hacía por la posibilidad de encontrar un chispazo de buena suerte o al menos una mínima oportunidad en donde pudiera ser libremente como quisiera. Pero no era así, por lo tanto debía conformarse con un sexo aburrido, un trabajo aburrido, una carrera aburrida y una vida aburrida en general.

Pensaba que estaba lo suficientemente distraída como para pensar en otra cosa. El aceptar diferentes turnos en el trabajo, o el de hacer trabajos a otros compañeros para hacer algo extra de dinero, estudiar e incluso pintar. Pensó que todo eso serviría para darse cuenta de que era mejor enterrar esas ideas sobre el masoquismo y toda la cosa, pero fue imposible. La idea le carcomía las neuronas, la volvía loca y no sabía cómo detener esos pensamientos sin quedar al borde del abismo. Debía haber alguna forma para solucionar eso.

De vez en cuando entraba a esas mismas páginas y a esos mismos foros para instruirse más sobre el asunto. Sentía que cada vez que lo hacía, era como alimentar la ansiedad de experimentar esas situaciones. Lo que realmente le molestaba era que no sabía cuándo podría suceder o si al menos tendría la oportunidad de hacerlo.

La frustración estaba en un punto álgido, pensó que lo mejor que podía hacer era alejarse de todo y renunciar, no seguir más... Y allí

pareció encontrar algo que podría darle alivio. En esos famosos foros descubrió que se haría una reunión para principiantes muy cerca del Central Park.

Si bien era un poco lejos de la residencia, no pareció molestarse demasiado con ese hecho. Además, Nueva York era una ciudad activa e intensa, así que tendría que esperar lo inesperado.

Leyó las instrucciones y el código que debía decir para que la dejaran entrar. Sonrió para sus adentros al mismo tiempo que experimentó un poco de miedo. No sabía cómo resultarían las cosas, así que se limitó en no tener expectativas de algún tipo, quizás se trataba de alguna fiesta de disfraces y nada más.

Según las indicaciones, todos los interesados debían ir de negro para preservar el ambiente ceremonioso de la situación. Después de un largo día en el café, llegó al piso directamente a tomar un baño. Al salir, se dispuso desnuda sobre el clóset y lo abrió de par en par.

Se dio cuenta que no tenía demasiada ropa por lo que escogió lo más obvio: un par de jeans, botas estilo militar y un suéter tejido negro de punto que acaba de comprar en una tienda de descuento, pensó que esa era la oportunidad perfecta para aprovechar para estrenarlo.

Mientras se colocaba las prendas, se miró a sí misma en el espejo de la puerta del baño. Se miró los muslos anchos, la cintura estrecha y los pechos pequeños. Detalló la marca de nacimiento que tenía en uno de sus muslos, las estrías de los brazos y el largo cabello rizado y negro.

Se miró el rostro y se fijó en sus ojos cafés oscuros, en la nariz un poco ancha y en sus labios gruesos, incluso en las diminutas pecas que tenía cerca de los pómulos que, de alguna manera, servían para distraer las grandes bolsas negras producto de las faltas de hora de sueño.

Luego de suspirar y de atarse el último cordón, se colocó de pie y buscó un pequeño bolso en donde guardó lo esencial: su

identificación, las llaves, un labial, un poco de efectivo y el móvil con toda la batería cargada. Se deseó suerte a sí misma y salió.

Como ya había pasado la hora pico, el transporte público estaba más amable que de costumbre, así que no tardó demasiado en llegar al Central Park. Notó que había mucha más gente de lo que esperaba, algo que no le resultaba demasiado agradable, sobre todo porque prefería la soledad y la introspección.

Tomó el móvil y siguió las instrucciones en Google Maps. Se guió con cuidado y se adentró por unas calles que estaban cerca. Miraba cada tanto para recordar la ruta cuando le tocara regresar. Finalmente, se topó de frente con una puerta roja, como de metal, con ciertas marcas de óxido.

Se echó para atrás y se percató que allí era el lugar en donde debía estar, así asumió que debía tocar. Recordó el código y esperó ansiosamente.

-Black Keys.

Pronunció con voz baja cuando se abrió una pequeña rendija que dejaron al descubierto un par de ojos. Se volvió a cerrar y pensó que lo había hecho mal. Sin embargo, escuchó cómo se abrió la puerta y una figura oscura la dejó entrar. Para cualquier persona hubiera sido descabellado pero ella se aventuró porque estaba necesitada de algo que realmente la emocionara.

Al entrar, se percató que unas luces muy tenues iluminaban el suelo, así que las siguió hasta que escuchó unos murmullos. Se sintió un poco más confiada hasta que se encontró con una gran sala dividida en diferentes estancias. En medio de esta, se encontraban unas sillas ocupadas por un grupo de gente bastante variopinto.

Mar se sintió un poco intimidada pero miró que la persona que hablaba le daba la bienvenida y le invitaba a sentarse. Sonrió un poco y tomó la última silla. Luego, prestó atención lo que el hombre decía.

-Pues, bienvenidos a todos. Estamos muy contentos de tener una buena cantidad de gente esta noche. Créanme, hemos sido muy

pocos al principio y nos alegra contar con un este número. Primero, quiero decirles que es esencial que se tome en cuenta algo importante.

Aquí se respeta la identidad y la privacidad de todas las personas, así que no se develara información sensible puesto que todos tenemos una vida allá fuera que queremos y debemos respetar. Ahora bien, teniendo claro esto, procederé a contarles un poco los lineamientos básicos del BDSM.

El hombre alto y de sonrisa amable, explicaba a los presentes todo lo pertinente al BDSM. Era de suponer que se sabían algunas cosas elementales pero que no estaba demás tenerlas claras sobre todo cuando se está empezando.

Siguió hablando y aunque ella ya sabía de todo aquello gracias a la información que había revisado, se detuvo en un punto que le pareció particularmente importante.

-La clave de esto es el consenso. Nada se hace por obligación o coacción, bajo ningún motivo. Supongamos que estamos en una negociación y nosotros colocamos nuestras condiciones y la otra parte hace lo mismo.

Así debe funcionar la dinámica, sin importar si eres Dominante o sumisa, si sólo haces juegos de rol o no, si eres Sádico o masoquista, cada quien debe tener la libertad de exponer lo que le gusta y los límites que tiene para poder establecer una relación sana y equilibrada.

Si alguno de ustedes siente que no está en este tipo de relación, debe alejarse lo más rápido posible. Si hay violencia, hacer entonces la denuncia correspondiente. En conclusión, todo se hace porque es un acto consensuado y así tiene que ser.

Mar tenía los ojos bien abiertos cuando escuchó todo eso y supo que entonces no se trataba de un movimiento improvisado, sino que había una interesante organización en todo ello.

-... Si tienen más preguntas al respecto, aquí estamos para

ayudarlos. Cada uno de nosotros tenemos tiempo de experiencia y sabemos bien de lo que estamos hablando. No teman en preguntar, en consultar, si hemos hecho esto es porque sabemos lo importante que es expresarnos libremente sin sentir el temor de no tener una vida plena. ¿Vale? Bien, ahora vamos a lo divertido.

>>En varias estancias que tenemos aquí, se desarrollarán diferentes actividades para que conozcan un poco más al respecto, habrá una venta de esclavas y esclavos ahora mismo, y poco después se llevará a cabo una sesión de shibari y de spanking. Lo último que me queda por decir es que, por favor, dejen sus datos de contacto para que reciban más información sobre reuniones y convenciones. De resto, ¡bienvenidos!

Mar sintió que realmente pertenecía a algo después de mucho tiempo, así que se levantó de la silla con cierta timidez y fue directo al bar para pedir una cerveza con el fin de quitarse un poco el miedo que tenía a flor de piel. Después de pagar, dio un largo sorbo y se preparó para caminar por ahí con el fin de explorar ese mundo que tenía en frente de ella.

Ese ambiente con luz tenue y muy suave le daba cierta intimidad, sensación que parecía acentuarse gracias a los efectos del alcohol. Luego de mucho pensar, se decidió por ir a la sesión de spanking.

Apenas entró a esa habitación, miró que un grupo de personas estaban allí. Ella se sentó al final y miró sorprendida a una mujer desnuda que se colocaba en silencio sobre una estructura de madera, de tal forma que su culo daba hacia la gente.

Al poco tiempo, se apareció el mismo hombre de rostro amable pero esta vez con una expresión notablemente diferente. Estaba concentrado y muy dentro de su rol. En una de sus manos se encontraba un látigo o al menos eso pensó ella. Un fuese quizás.

Lo usó como un instrumento para acariciar la piel de la mujer con suavidad. Desde la espalda, pasando por las caderas hasta detenerse en esos glúteos grandes y hermosos. Se quedó allí hasta que alzó la

mano y le dio un prime azote con una fuerza tan contundente que hizo gemir a la mujer de inmediato.

Mar notó que las manos de ella se aferraron fuertemente sobre la madera, mientras que su piel había quedado marcada por una fina sombra por el fuste. Pero eso no quedó allí, era obvio que seguiría. Y así fue... Una y otra vez.

El hombre alto seguía agitando su brazo contra el cuerpo vulnerable de esa mujer a un ritmo constante y casi enloquecido. En su cara se dibujó una mueca tan expresiva que hizo que el interior de Mar se estremeciera por completo. Era como si mirara a una persona completamente diferente y eso lo vio como algo fascinante.

Siguió así hasta que se detuvo producto del cansancio. La piel de la mujer ya no era blanca, sino roja y rosada en algunas partes, incluso, con algunos hilos de sangre abiertos. Pero ella no parecía sufrir. No, más bien todo lo contrario.

Al cabo de un rato, el hombre la desató y la tomó entre sus brazos para darle un fuerte abrazo. Ella respiraba agitadamente pero, aun así sonrió para él, quien le tocaba el cabello con una suavidad casi conmovedora.

Todos los demás se fueron menos Mar. Se quedó allí, sentada pensando en todo lo que había pasado. En ese momento, salió la mujer ya vestida y se dio cuenta que había alguien allí.

-Ah, ya me voy, lo siento.

-Eh, querida, no te preocupes que nadie te está corriendo. ¿Todo está bien?

-Pues, sí, sí. Sólo que me quedé muy impresionada.

-Es normal para una primera vez, ¿qué tal si tomamos algo?

La chica le sonrió con amabilidad y esperó a Mar para ir a la improvisada barra de ese lugar. Cuando salió, se dio cuenta que la animosidad del sitio estaba en su punto. La gente hablaba más y hasta reía más. Era obvio que el miedo inicial había pasado.

-Hola, José. Por fa, dos cervezas y que estén bien frías, ¿vale?

-Claro, Val.

Ella dejó un bolso con sus cosas y luego se fijó en la mirada curiosa de Mar.

-Algo me dice que tienes muchas preguntas que hacer pero que no sabes por dónde comenzar. ¿Me equivoco?

-Ja, ja, ja. Tienes razón. Pero es que me da un poco de pena porque no sé cómo abordar esto y no quiero que sea ofensivo.

-Querida, me viste desnuda y recibiendo nalgadas. No te preocupes.

Chocaron las botellas y comenzaron a hablar.

-¿Cómo diste con todo esto?

-Por él... -Hizo un gesto al hombre que les había dado la bienvenida- Había salido de una mala relación y él me ayudó mucho. Con el tiempo, me presentó esto y quedé enganchada. No pensé que me gustaría mucho.

>>Eso sí, al principio pensé que se trataría de una moda o de un conjunto de raritos que hacían estas cosas, pero después te das cuenta que no es tan sencillo como la gente podría creer. Es más, si te fijas bien, esta es una de las pocas oportunidades que tenemos para ser como queremos ser sin ser juzgados por los otros, porque hay otros como nosotros.

Mar comprendió a la perfección lo que ella quería decir, sobre todo por esas experiencias pasadas en donde trató de demostrar que tenía este tipo de afición. Asintió ligeramente y siguió escuchando las palabras de esa mujer.

-Si estás aquí quiere decir que has hecho todo lo posible por encontrarte a ti misma. Estás en camino, créeme, no tienes por qué asustarte por ello, pero tienes que tener en claro que debes preservar tu tranquilidad y tu paz mental. Es lo que debe prevalecer siempre.

Las dos se quedaron allí por un largo tiempo hasta que Mar se despidió. Al cerrarse esa puerta metálica roja, comprendió que había encontrado algo que realmente le gustaba y que le ayudaba a sentir

que su vida tenía cierto sentido.

Regresó a la residencia, entró a su piso y se echó de nuevo en sofá. Cerró los ojos con fuerza y se recordó a sí misma en el momento en cuanto observó los fuertes latigazos que hacían eco en la habitación y en la gente que estaba allí.

Se detuvo un momento y deseó fervientemente tener algo así, por muy pequeño que fuera. Se quedó un rato allí hasta que se quedó dormida.

Los días siguientes de ese evento sólo sirvieron para alimentarle las ganas a Mar sobre saber aún más sobre fantasías recreadas en ese mundo. Para ello, se valía de videos y pornografía como para entender aún más lo que quería experimentar.

En una de esas veces, se topó con un material que recreaba una sesión en una especie de mazmorra. Al principio le pareció un poco extraño pero la curiosidad era demasiado fuerte como para dejar ir ese primer impulso que había sentido, así que se preparó para ver con mayor detenimiento lo que tenía frente a sus ojos.

La mujer estaba encadenada y atada con pesadas cadenas, el hombre tenía la cara cubierta con una máscara y se paseaba por el lugar con cierto andar amenazante. La expectativa fue mucho más fuerte hasta que él se encontró con la mujer y la tomó por el cuello para cortarle un poco la respiración.

En ese momento, justo en ese momento, los ojos de Mar se iluminaron, y su cuerpo también reaccionó al sentir un palpito violento en su coño. Se excitó tanto que había mojado su ropa íntima de un solo golpe.

Siguió mirando y notó que el hombre le quitó las cadenas para atarla a una especie de estructura de madera para proceder a verterle cera caliente en la espalda. Los quejidos de la mujer eran intensos y parecían una mezcla de dolor y placer.

Mar no se había percatado pero tuvo la sensación de que estaba viendo aquello que pareció desear por mucho tiempo. La sumisión

completa, el dominio y la brusquedad por parte de una persona que parecía no tener ningún tipo de clemencia, las expresiones y los gestos de excitación de ambos. Era la sincronización perfecta de estímulos.

Al terminar el video, ella volvió en sí rato había quedado tan impresionada que luego pensó que lo que acaba de ver era algo que deseaba experimentar con locura. La intensidad del momento, el sólo ser testigo de aquello le había hecho sentir que estaba más viva que nunca, ¿acaso existía una mejor sensación que aquella?

Se encontró pensativa y también un poco asustada por los deseos de su cuerpo y corazón. Ahora deseada estar con alguien que pudiera doblegar su voluntad para darle todo y más, deseaba estar encerrada en una mazmorra a la espera de todos los castigos posibles con el fin de dejar su piel en él. La sola idea la volvió loca otra vez.

... Eran ansias extremas que las dejó dentro de sí y las guardó como si fuera un gran secreto. Sólo para ella.

II

La operación fue más agotadora de lo que había pensado, pero por suerte se había preparada para ello lo suficiente. Recibir un corazón con 15 horas de retraso y hacer un trasplante a una niña de 12 años que ya estaba bastante enferma y casi ya no tenía fuerzas para andar. Un escenario poco alentador.

Sin embargo, a pesar de los retrasos con el órgano y con el cuerpo débil de la niña, él hizo todo lo posible para movilizar a los mejores asistentes para contar con ellos en lo que sería una operación de alto riesgo. Concentró todas sus energías y todo su esfuerzo para dar lo mejor de sí mismo, como siempre hacía.

Revisó la pantalla y el nuevo corazón comenzó a latir suavemente. Poco a poco, el color rojizo de la nueva vida irradió la palidez del rostro de la niña. Parecía que las cosas saldrían bien después de todo.

Daniel se sentó en uno de los bancos en el exterior del hospital para relajarse un rato. El día estaba despejado, un poco frío, pero despejado. Veía las nubes mientras se comía un panecillo y bebía un jugo de un envase de cartón. Por fin sabía lo que era la tranquilidad después de una semana agitada.

Al terminar de comer, permaneció un rato allí y escuchó el sonido de su localizador de personas. De seguro se trataba de un paciente o una consulta que había pautado para horas después. No tenía ganas de levantarse aún, deseaba quedarse allí un rato más para disfrutar un poco de ese día. Pero el deber era mucho más importante, así que se levantó con cierta pesadez y volvió a entrar.

Se paró justo en las puertas corredizas del hospital y se quedó mirando su reflejo por un rato. Alto, moreno, con el cabello negro corto con esa textura espesa, las manos grandes y las piernas largas. Además, esos ojos grandes y negros marcados por esas bolsas debajo que le recordaban que debía dormir pronto porque si no, se desplomaría en el consultorio.

-Doctor, un paciente lo está esperando para el chequeo mensual.

-Ah, vale. ¿Tengo más consultas después de esta?

-No, doctor. Sólo esta.

Daniel respiró de alivio porque por fin podría dormir unas cuantas horas y así volver a ser un humano otra vez.

-Vale, gracias.

Se dirigió al consultorio y de inmediato se encontró con el paciente que parecía haberlo visto con una alegría inmensa. Se sentó en la silla y comenzó a examinarlo, ese mismo procedimiento mecánico el cual ya estaba acostumbrado y que prácticamente era ya como un ritual.

-Todo bien. Tiene buenos números y no detecto ninguna anomalía importante. De resto, le recetaré estas medicinas para que cambiemos el tratamiento. Ya pasamos el periodo de control, así que podemos celebrar eso.

Luego de un afectivo apretón de manos, despidió a su paciente y luego se volvió a sentar en la silla del consultorio del hospital. Echó la cabeza para atrás y cuando pensó que se quedaría dormido, se recordó que podía hacer eso si iba a su casa y dejaba todo el tema atrás.

Comenzó a recoger algunas cosas y luego salió caminando con cierto entusiasmo. La idea de descansar era lo más atractivo que le parecía en ese momento.

Salió y se encontró con el sol de la mañana, parecía una señal inequívoca de que las cosas saldrían mejor que nunca, así que se apresuró para acercarse a su coche, un Camaro del 79 de color negro mate, con los neumáticos relucientes y con la pintura impecable. Era uno de sus caprichos que denotaba su gusto por lo bueno y lo lujoso.

Daniel era reconocido como el quizás mejor cardiocirujano de Nueva York. Un título bastante importante para cualquier persona, y sobre todo tratándose del ámbito médico. Lo cierto, es que a pesar de sentir una enorme presión debido a su fama y reconocimiento, era

una persona que había cultivado éxitos gracias a su trabajo constante.

Le interesó la medicina desde muy chico, de hecho uno de los recuerdos más recurrentes sucede cuando tenía unos cuatro años, mientras jugaba con su hermana mayor. Ella había adquirido recién un juego de mesa en donde se veía a la figura de una persona en cuyos espacios había partes del cuerpo. La finalidad, era “operar” con una pinza de metal sin que esta rozara los bordes de metal del tablero.

En el primer momento en que lo vio, el pequeño Daniel se sintió intrigado, a tal punto que se detuvo a observar a su hermana con cuidado para analizar sus movimientos.

Ella le permitió jugar y le explicó lo que tenía que hacer. Sus manos pequeñas sostuvieron la pinza con firmeza y se dispuso a extraer las pequeñas piezas de plástico con sumo cuidado. Su hermana estaba tan impresionada que llamó a su madre y ambas permanecieron en silencio observando la destreza de ese pequeño niño.

Desde ese momento, Daniel comenzó a desarrollar una sensibilidad por la anatomía, la química y la física. Eran señales muy tempranas pero que sus padres supieron aprovechar para comprender el comportamiento de su hijo.

El entorno familiar de Daniel era acogedor a pesar de las dificultades económicas que podrían tener en ciertas ocasiones. Aun así, ambos padres estuvieron de acuerdo para que sus hijos recibieran la mejor educación posible.

Lo cierto es que, además, el chico le gustaba estudiar. Podía hundir la cabeza en un libro y quedarse allí horas y horas sin que le importara algo más. Era increíblemente feliz en ese entorno y podía quedarse dentro de esa burbuja durante todo el tiempo que quisiera.

Sin embargo, a medida que crecía, también desarrolló la afición a los deportes. Entonces, no sólo era brillante, sino también un deportista nato. Era la figura a seguir entre sus compañeros y en los

demás miembros de la comunidad.

Gracias a su dedicación, ganó varias becas de estudio que le permitieron hacer cursos y talleres de todo tipo. Las mismas, por cierto, relacionadas a las ciencias. Era su pequeño paraíso.

Era un chico curioso, atento y dulce. Sus maestros hablaban muy bien de él y sus compañeros también, sin embargo, de vez en cuando sentía que tenía una especie de oscuridad muy dentro, una que no podía explicar muy bien pero que siempre había estado allí.

Su afición a la medicina se volvió más fuerte durante su adolescencia. Lo que había pensado que había sido un pasatiempo, realmente se trataba de una pasión, de un dese ferviente que no quería dar marcha atrás.

Trató en lo más posible de ignorarlo y concentrarse en lo que tenía por delante: lo que parecía ser una carrera exitosa. Claro que eso no era todo lo que él tenía en mente, de hecho, deseaba poder explorar otros aspectos de su vida personal como un ejercicio para conocerse mejor a sí mismo.

Gracias a su buen carácter y atractivo físico, Daniel era un imán para las chicas. Muchas quería estar con él y la atención a veces le abrumaba un poco, sobre todo porque no siempre le gustaba ese tipo de situaciones.

De hecho, podría disfrutar plenamente de su soledad sin molestarse por ello en lo absoluto, disfrutaba la tranquilidad y en silencio que le ayudaba a poner cierto orden a sus pensamientos.

En cuestión de tiempo conoció una chica y salió con ella, su familia demostró un entusiasmo real sobre todo porque lo habían visto como alguien particularmente introvertido y muy poco dado a las relaciones.

Allí comenzó a experimentar el cosquilleo por los asuntos del cuerpo. Incluso, internamente, él se prestó para esas cosas porque tenía la necesidad de saber aquello que todo el mundo hablaba.

Su primer beso fue en la sala de su casa mientras veían una

película de terror clase B. En medio de los gritos de la mujer atacada por el monstruo, Daniel y su cita se besaban como un par de inexpertos en medio de la sala oscura.

Convencido de que podía hacerlo mejor, detuvo el gesto para comenzar otra vez, la chica casi se desmayó entre sus brazos porque no pudo soportar demasiado la intensidad de ese momento.

Las cosas funcionaron relativamente bien durante un tiempo pero para Daniel esas demostraciones de cariño sutiles le hacían sentir como si no sería capaz de hacer algo más interesante. Después de unos meses, dejó la relación y pensó que lo suyo más bien era la libertad, las ciencias y el deporte.

En aquel verano en donde había cumplido 18 años, cuando ya faltaba poco para presentar exámenes y graduarse, él conoció a una mujer atractiva y que le había quitado el aliento por completo.

Morena, alta, de cabello liso y negro, curvas pronunciadas y siempre en tacones, andaba por allí provocando miradas de impacto y de envidia en las chicas. Era la mujer más hermosa que había visto y se sentía aún más impactado por ella cuando la miraba sonreír. Era preciosa, preciosísima.

No se sabía exactamente quién era pero había algo seguro, distraía a todo el mundo con o sin intención. Esos labios gruesos siempre pintados de rojo, el cabello que le caía a los lados y su forma de vestir, siempre de falda o vestido, como para que la gente se deleitara con sus hermosas piernas. Era un espectáculo a la vista.

Desde el primer momento en que la vio, Daniel experimentó una sensación muy intensa por primera vez, fue como si algo le quemara por dentro pero no tenía la certeza de lo que era. Cuando sucedía, trataba de entender la situación pero no lo lograba por más empeño que le pusiera, era prácticamente imposible.

Pero bien, se permitía soñar con ella, fantasear con ella. Cerraba los ojos y se dibujaba su cuerpo, su bella cintura, sus anchas caderas o sus pechos redondos y firmes ante él. Con sólo aparecerse le

provocaba una magia indescriptible, como si no pudiera cansarse nunca de esa imagen.

De inmediato sentía que su pene se volvía duro, tan duro como una roca, y con eso, la necesidad de tocarse salvajemente. Así que terminaba echado en su cama, mirando el techo, pensando que era ella quien estaba sobre él, dándole todo el placer del mundo posible.

Se masturbaba y al final, cuando se corría, se sentía un poco tonto porque tenía la sensación de que esa mujer y él no tendrían ningún tipo de contacto. De hecho, pensó que era una pérdida de tiempo seguir anclado en esa situación... Sin embargo, era algo demasiado adictivo.

Pasaron los días y comenzó a notar que la escuela iba vaciándose de a poco. Él permanecía allí porque solía usar el laboratorio de química junto a su profesor quien a veces le pedía asistencia como ayudante para hacer experimentos. De resto, gracias a su comportamiento y a sus logros, podía andar en el lugar prácticamente a sus anchas.

Ese verano aprovechó el silencio del lugar para estudiar para los exámenes de admisión de la universidad. Por suerte, le confiaron los laboratorios y la biblioteca para que pudiera estudiar a gusto. Lo cierto era que resultaba una relación ganar-ganar puesto que él era la figura importante de la institución.

Se encontraba en un pequeño salón en donde se solían hacer prácticas de física. Se dispuso a desplegar un problema cuando sintió que alguien empujaba la puerta. Sin voltear, pensando que se trataba de un profesor, exclamó:

-Ya me voy, sólo necesito esto 10 minutos máximo y lo dejo en orden.

Al no escuchar respuesta, giró la cabeza y comprendió que se trataba de esa mujer. Ella, estaba más hermosa que nunca. Permanecieron en silencio por un rato hasta que él trató de iniciar la conversación con cierta timidez.

-Lo siento, ya estoy a punto de dejar el salón, yo...

-No, no. Discúlpame tú. Es que... Oh, bueno.

Se quedó callada y Daniel no supo qué decir, los nervios lo estaban volviendo loco. A pesar que era un chico jovial y con el habla un poco suelta, estaba mudo, los labios estaban sellados y la garganta apelmazada.

Aunque trató de tomar un poco de fuerza, sólo pudo darse cuenta que esa mujer fue hacia él como paso decidido hasta que se colocó de frente, tanto, que puso percibir el dulce aroma del perfume que tenía puesto.

Daniel comenzó a respirar agitadamente y sintió que algo le gritaba que debía continuar, que no podía quedarse allí con esa cara de tonto. Así que estiró sus manos y las colocó sobre el rostro de ella, sujetándolo con cierta delicadeza para que al final acercara su rostro con el de ella. Finalmente se besaron rodeados de marcadores, balanzas, artefactos viejos y el silencio de la ausencia de gente.

En un primer momento él sintió miedo porque no podía creer lo que le estaba pasando. No quería que todo fuera producto de la fantasía, por lo que trató de tomarla entre sus brazos y apretarla junto a sí. Ella, de inmediato exclamó un suave gemido que pareció acelerarlo de una manera impresionante.

Sus bocas estaban uniéndose entre sí casi de manera salvaje. Desesperado, sacó su lengua con el afán de buscar la de ella y la encontró. Así que ambas comenzaron una danza de placer y seducción.

Daniel la succionaba, mordía y apretaba aún más. Esa mujer altiva y sensual caía cada vez más en ese vórtice de placer, así que tenía que hacer un gran esfuerzo por reprimir los quejidos y sonidos porque no querían que los descubrieran.

Quizás fue eso, quizás fue otro pequeño detalle, pero lo cierto fue que Daniel recibió una especie de impulso que provino de lo más bajo de sus entrañas. Una especie de corriente que produjo un

cambio extraordinario en él.

Como si estuviera poseído por esa misma fuerza, la tomó de la cintura y la subió sobre ese largo y macizo mesón de madera que tenía cerca de él. Ella siguió dándole besos hasta que hubo un cambio de planes. Daniel hizo algo que nunca pensó.

Metió su mano debajo de ese vestido rojo y ajustado que tenía ella. La mujer lo miró sorprendida pero también sumamente excitada. Así que abrió más las piernas y buscó su boca para besarlo con más fuerza y también para hacerle escuchar los gemidos que estaba experimentando en ese momento.

La mano suave y grande de Daniel acarició la parte interna de los muslos. Fue más y más adentro hasta que se topó con un calor intenso, gracias a ello, asumió que estaba cerca de llegar al sitio que más deseaba llegar en todo el mundo, el coño de esa hermosa mujer.

Antes de siquiera tocarla, la buscó con los ojos para mirarla fijamente, se quedó perdido en ella unos minutos y después juntó un par dedos para acariciarla finalmente. Se topó con el clítoris, el cual supuso que ya estaba bien hinchado de placer. Lo acarició lentamente y se sintió tan bien porque pudo percibir la humedad producto de su excitación.

Ella apoyó las manos sobre el mesón para no morir ahí mismo, sin embargo, no paró de gemir ni por un segundo. Se mordía los labios, cerraba los ojos y exclamaba esos suaves sonidos que le alimentaban el morbo de él.

Al principio la masturbó suave porque no tenía demasiado conocimiento de cómo hacerlo, pero como se trataba de un chico tenaz, empeñado en hacerlas cosas debidamente, se esforzó aún más para darle el placer que ella, sin duda, merecía.

Esa cortina de cabello negro quedó toda hacia atrás, lo que también servía como marco para esa hermosa espalda curva y sensual. El apetito de Daniel, no obstante, parecía crecer más y más.

Se apoyó de la cintura con la otra mano mientras que seguía

masturbándola con la otra. Iba más fuerte, más firme, mientras ella no podía controlarse del todo. Daniel trataba de callarla con besos, hasta que sintió la necesidad de cortarle la respiración ahorcándola un poco. Cuando lo hizo, experimentó una especie de sensación que casi lo arrastró a la locura.

De repente, quiso cambiarla situación al sentir la necesidad de probar los fluidos de tal exuberante mujer. Así que terminó por alzar la falda por completo y se agachó con suficiente cuidado para que su cabeza quedara justo entre esas preciosas piernas.

Respiró profundo y tomó un poco de aire, luego la miró con picardía, apartó ese hilo húmedo y llevó su boca hacia ese maravilloso lugar. Primero, saboreó su clítoris el cual estaba más que estaba hinchado, listo para él.

Sus labios apretaron esa zona ejerciendo cierta presión. Cuando lo hacía, podía escuchar gritos desgarradores que ella intentaba reprimir con todas sus fuerzas. Luego, llevó su lengua hacia sus labios. Tan deliciosos y gruesos que no pudo evitar morderlos con cierta malicia. Le gustaban tanto que se quedó allí por un largo rato.

Chupó y chupó tanto que se dio cuenta que su rostro estaba empapado de los fluidos de esa mujer. Dejó que su propio instinto fuera un poco más allá y se atrevió a masturbarla un poco al mismo tiempo. Ella, casi entregada sobre esa superficie de madera, estiró su mano para colocársela sobre el cabello negro y abundante de él. Se miraron por un momento y fue como si volviera a experimentar esa fuerza natural que lo hacía sentir cada vez más vivo.

Un dedo en su coño y su lengua sobre su clítoris. La sinfonía de jadeos y gemidos era simplemente gloriosa. Siguió haciendo porque se percató que no podía, se había vuelto un completo adicto a pesar de haber sido su primera vez.

Al follarla con su lengua en esas tantas veces, percibió los temblores de sus piernas hasta que por fin sintió un poco de más fluidos calientes sobre su boca. Ella había eyaculado sobre él lo cual

además le hizo sentir un poco extraño al respecto.

Ella, sin embargo, aún en medio de los temblores, se acercó hacia él y le dio un largo y delicioso beso. Luego, encontraron sus miradas y sus frentes hasta que pudieron recuperar la respiración.

Aunque hubieran sentido que había pasado todo el tiempo del mundo, realmente no fue de esa manera. Salieron de salón fingiendo que todo estaba bien, disimulando que tenían una conversación banal, no obstante, Daniel aún podía percibir el olor del coño de la mujer que acaba de comer. Por dentro estaba más feliz que nunca.

Antes de despedirse, intercambiaron números y quedaron que se encontrarían para verse más tarde. Él, mientras caminaba a casa, ya estaba ideando la excusa perfecta para que no lo molestaran demasiado.

Se hizo de noche y Daniel estaba como un lobo enjaulado, dando vueltas de un lado para el otro porque estaba ansioso por verla. “Espérame en cinco”, leyó un mensaje poco después de sentarse en su cama.

Preparó una mochila con un poco de ropa y agua, pensó que había exagerado con ello pero era un chico un poco ansioso y más al respecto. Cerró la puerta de su habitación, se despidió de su madre con rapidez y salió a la calle silenciosa en esa noche un poco fría. Acordaron que ella aparcaría a unas cuantas casas para no levantar sospechas, en cuanto la vio saludándolo, no pudo evitar dar unos cuantos pasos apresurados para encontrarse por fin con ella.

Abrió la puerta y se subió. La miró fijamente por unos segundos y luego estiró sus manos para tomarle el rostro y besarla con desesperación. Había ansiado tanto el momento que no le importó el lugar en donde estaban. Estaba con ella y nada más.

-Tenía tu olor en toda mi cara. Me encantó.

Ella sonrió muy sensualmente y siguió besándolo también con ese ímpetu casi adolescente. Luego de un rato, ella miró hacia adelante, hizo el cambio de velocidad y pisó el acelerador, los

neumáticos chillaron un poco sobre el asfalto y ambos se dirigieron a un lugar en donde pudieran hacerse suyos sin problemas.

Estuvieron en el camino hasta que salieron a la vía principal, el tráfico estaba un poco denso pero eso no pareció molestarlos demasiado, estaban bien porque iban juntos. Hubo un momento en donde ella tuvo que detenerse y él entendió aquello como la perfecta oportunidad para jugar un poco.

Se acercó a ella y comenzó a respirarle suavemente en el oído. Ella trató de hacerle entender que lo más conveniente era esperar hasta llegar a un motel. Pero no, Daniel era un chico impulsivo y el estar con ella era la materialización de su fantasía.

Así que siguió seduciéndola poco a poco, hasta que introdujo su mano debajo de su falda vaquera. Como era corta, resultó ser mucho más fácil el llegar a ese sitio tan hermoso y tan decadente. Se detuvo un poco antes porque deseaba desesperarla un poco.

Acarició esos muslos firmes y deliciosos una y otra vez, hasta que ella, en medio de su excitación, le rogó un poco que la tocara.

-Por favor, hazlo, por favor.

Él comprendió que aquello había sido una especie de mensaje claro que debía acotar puesto que también sentía lo mismo. Entonces, de un momento a otro, introdujo dos dedos dentro de su coño para hacerla estremecer como nadie.

Ella abrió la boca un poco más y Daniel siguió follándola con los dedos con una increíble destreza. Él le acariciaba los labios y clítoris de manera tan deliciosa, que la mujer sentía que iba a desvanecerse de un momento a otro. Su cuerpo y su espíritu se juntaban y luego se desintegraban gracias a que él hacía las cosas a su antojo. Era simplemente increíble.

Lo hizo de suave a lento hasta que sacó los dedos y los miró por unos segundos, hizo que ella lo mirara chuparlos porque, claro, estaba obsesionado con su sabor.

-Muero por comerte toda.

Como si hubiera recibido una descarga de energía, ella aceleró el coche hasta finalmente llegar a un motel. No tenía un aspecto demasiado increíble pero eso no era lo importante sino que ambos pudieran estar finalmente solos.

-Quédate aquí. –Le ordenó ella, por lo que Daniel se quedó en el coche, mirándola, admirándola.

Tenía un aspecto menos formal que las veces que había visto. Esa faldita vaquera, unas sandalias y un suéter de punto. De resto, tenía ese cabello negro, largo y liso que ondeaba por el viento como si fuera la cosa más delicada y sublime del mundo. Estaba ahí, sentado con una cara de tonto que no quería ni podía ocultar.

Tras unos minutos, ella regresó con una amplia sonrisa, hizo que él saliera del coche y se fueron tomados de la mano hacia una de las habitaciones que estaban en el piso superior. Todo estaba tan tranquilo, que él podía escuchar el sonido del roce de la gravilla debajo de sus pies.

Abrió la puerta y encendió la luz, la habitación era más o menos amplia y en el medio de esta se encontraba la cama. Un poco más alejado, un televisor y más allá un baño. Un par de mesas de noche y un clóset con unas cuantas frazadas. Por suerte, la luz era tenue y eso le daba un cierto aire de calidez.

Él fue hacia ella para fundirse en un abrazo. La tomó con tanta fuerza que ella exclamó un delicioso gemido, Daniel, además, comenzó a besarla por el cuello lentamente hasta que notó que su amante procedió a quitarse la ropa. Al final, él se apartó un poco mientras la miraba como si estuviera hipnotizado.

Esos pechos grandes y redondos se descubrieron para él, su cintura estrecha, sus caderas anchas y esas piernas de infarto. Era una Venus. Por si fuera poco, también se detuvo a ver su coño.

Los labios sobresalían un poco, por lo que sintió de inmediato esa necesidad de devorarla otra vez. Entonces, la dejó sobre la cama, hizo que abriera las piernas y enterró su cabeza como la primera vez. La

diferencia estaba en que sí oiría con más claridad todos esos ruidos que había clamado por escuchar.

Se percató de que ella sostenía las sábanas con sus manos o a veces las extendía para tomar su cabello. Estaba tan excitada que tenía espasmos cada vez más fuertes. Era increíble, era delicioso.

Sin bien él pudo sentir la necesidad de quedarse allí, saboreándola una y otra vez, su cuerpo también le exigió unirse a ella. Dejó de pensar que no sabía del asunto y se permitió disfrutar de lo que su instinto le decía.

Entonces comenzó a quitarse la ropa como si esta lo molestara demasiado. Al cabo de unos minutos, quedó completamente desnudo ante ella. Parecía un animal, a punto de dejarse llevar por esos instintos tan fuertes y poderosos.

Se encontró con ella quien estaba sobre la cama, mirándolo concentrada y casi como si no tuviera control de sí misma. Deseaba sentir tanto su carne, esa carne dura, gruesa y larga, esa verga que se veía tan apetecible.

Lo recibió entre sus brazos y procedió a abrir sus piernas para acomodarse sin problemas. En ese momento, entonces, notó que él estaba un poco ansioso. Así que infirió que se trataba de su primera vez. Le acarició el cabello suavemente y lo miró a los ojos.

-Está bien. Todo estará bien.

Daniel suspiró con un poco de tranquilidad aunque no quería fallarle a esa escultural mujer. Entonces, volvió a sentir que su instinto se relajaba para hacerle caso. Que la pasión tomara el protagonismo y ya está, lo demás sería lo de menos.

Dejó que su verga buscara la entrada de su coño. De inmediato sintió que estaba caliente, deliciosa, húmeda. Sabía que era el paraíso así que empujó lentamente para abrirse paso. Ella de inmediato hizo algunos gestos de dolor pero él no se detuvo, más bien fue como si tuviera el impulso de seguir. No le pareció posible la combinación de dolor y placer pero ese sí fue el caso y estaba más que feliz por ello.

Empujó aún más y él también sintió la presión de las carnes de ellas, ese calor abrasador que lo envolvió por completo y que le hizo desear ir más y más allá porque tenía la sensación de que no podría más... Pero claro que sí podía.

Colocó sus manos sobre la cama y llevó su boca hacia esos pechos grandes y redondos de ella. Mordió esos pezones erectos y duros, lamió y chupó tanto como pudo. En momentos en donde se sentía que había entrado en un trance, podía sentir las manos de ella sobre su cuello y cabello, le enterraba las uñas, le hacía sentir que no podía más, era increíblemente exquisito.

Siguió haciendo las embestidas aunque hubo momentos en donde no podía mantener el ritmo por demasiado rato. Sin embargo, estaba empezando a entender cuál era la mejor forma de hacerlo sin cansarse en extremo. El sexo ya estaba cobrando un sentido que no pensó que podría entender.

Eso de lo que hablaba la gente, esas cosas que había leído en Internet por fin tuvo sentido. Y lo fue aún más cuando se percató que esa extraña sensación que había sentido dentro de sí era como una pregunta que por fin había encontrado una respuesta con sentido.

Su mente y su cuerpo por fin se unieron en uno solo y siguió sintiéndose como si fuera la persona más exitosa del mundo. Luego de un largo rato embistiéndola, la tomó por el cuello con fuerza, apretó suavemente hasta que le cortó un poco la respiración y la miró sonreír como si estuviera más complacida que nunca. Se mordió la boca y también lo besaba. Le encantaba entregarse así con él.

Se fundieron en un abrazo pero el afán de control que sentía Daniel se hizo mucho más grande. Así que se separó un poco y la penetró con más fuerza hasta que detectó ciertos ruidos de dolor, eso era lo que quería lograr, un grado tal de desesperación que le impidiera pensar con claridad.

Siguieron jadeando y gimiendo tan sensualmente que notó los espasmos de ella. Recordó que era posible que se tratara de un

orgasmo y, gracias a su adicción recién descubierta hacia el sexo oral, sacó su verga para inclinarse y volverla a comer. Notó la humedad exquisita de sus fluidos.

Notó que el clítoris estaba rojo e hinchado, por lo que aprovechó el momento para morderlo y apretarlo con sus labios y dientes. Ella se estremeció aún más sobre la cama y Daniel siguió el impulso de seguir sin importar nada más.

Entonces, al cabo de un rato, no la escuchó más, situación que le preocupó. De manera que se acomodó, se colocó erguido y la miró que estaba como perdida de entre sus sensaciones. Él le introdujo un dedo como para terminar de llevarla hacia la locura y entonces experimentó de nuevo ese caudal de flujos que había quedado en gran parte de su mano. Ella había tenido un orgasmo.

A pesar de lo cansada que estaba, se incorporó hacia donde estaba él y le dio un largo beso. Daniel sintió que estaba comprendiendo mejor las cosas al conocer aún más en cuerpo femenino en todo su esplendor.

Permanecieron así por un largo rato hasta que volvieron a comerse como un par de locos. Esta vez, ella le daría un poco de placer con su boca, por lo que se arrodilló prontamente y comenzó a besarle el glande con una extraordinaria paciencia y dedicación.

Nunca en su vida se vio a sí mismo experimentando todo aquello, pero tenía la certeza de que era una de las sensaciones más increíbles que debían existir. Echaba su cabeza para atrás y luego regresaba a concentrarse en ella para mirarla concentrado en sus habilidades.

Hubo un punto en el cual, incluso, volvió a experimentar esa necesidad de tocarla, de dominarla como si fuera un salvaje. Así que le tomó por ese largo cabello negro, ese mismo que le tenía loco porque lo había imaginado tantas veces como si fuera una rienda.

Hizo que lo mirara, que también se concentrara en él con esos ojos grandes y seductores que tenía. Estaba tan maravillado, tan extasiado que siempre quería más y más de ella.

En esa sesión con ella, en ese sexo que no esperó tener, se percató que lo suyo era el control y debido a la habilidad de la lengua de ella, sintió la necesidad de querer explotar lo más pronto posible, ya había aguantado demasiado y eso a pesar de ser su primera vez.

La haló de nuevo como para darle a entender que estaba próximo a darle una fuerte descarga. A medida que estaba más cerca, sentía que su cuerpo estaba cada vez más cerca de convertirse en un conducto de energía, que su cuerpo y su espíritu se habían unido para formar una especie de fuerza que lo llevaría al centro de la tierra y que lo trasladaría a un lugar desconocido, único.

Finalmente, todo se volvió oscuridad para él y se quedó privado de sus sentidos por un largo rato, hasta que hubo algo que pareció traerlo de nuevo hacia la vida. Eran los besos que ella le dio por todo el cuerpo, con una lentitud, con un paso delicado, suave.

Cuando abrió los ojos estaba sobre la cama junto a ella. Los dos intercambiaron miradas y se rieron como si fueran un par de adolescentes.

-¿Estás bien?

-Sí, nunca había experimentado algo así.

-Yo tampoco... Y tengo la sensación de que ahora nos queda momentos increíbles por vivir.

Daniel se sintió feliz y también aliviado. A pesar de su inexperiencia, ella aún estaba dispuesta a estar con él. Tenía la sensación de que aprendería cosas interesantes.

Después de unos cuantos polvos más, Daniel caminó unas pocas calles hacia su casa con una sonrisa que no se la quitaba nadie. Estaba tan contento que ni siquiera pensó en las preguntas necias que podría hacerle su madre. Era como si acabara de descubrir el sentido de las cosas.

Abrió la puerta y se encontró con que todo estaba oscuro. Sintió un tremendo alivio porque sólo deseaba echarse sobre su cama y ponerse a pensar en todo lo que acaba de pasar. Subió las escaleras

con sigilo y se refugió en su habitación. Uno de sus lugares favoritos.

Cansado y con las piernas doloridas, Daniel sonrió para sí mismo. Tuvo la sensación de que las cosas estaban sólo comenzando.

La relación que ambos establecieron fue mucho más intensa de lo que había pensado. Ambos acordaban verse en cualquier punto de la ciudad y aprovechaban para verse o para tener sexo. Lo bueno de vivir en un sitio tan grande y tan diverso como ese, los dos podían pretender ser personas diferentes cada vez. Las coincidencias eran casi nulas por lo que tenían experiencias geniales cada vez.

Daniel estaba más consciente de su potencia sexual y de lo que realmente quería de una compañera. Por suerte, esa mujer de cabello negro y largo le daba todo el placer del mundo... Y más.

Se concentró en más sobre experimentar con situaciones y con objetos que le permitiesen jugar aún mucho más. Estaba ansioso por experimentar con sesiones más intensas con el fin de probar sus propios límites.

Sin embargo, si bien sentía que tenía una especie de carta blanca en el asunto, tenía la necesidad de encontrar un poco de sentido en todo lo que estaba pasando. Requería un término que le permitiese entender lo que ocurría en su interior.

Era bien claro que se trataba de una persona bastante tenaz y clara en sus objetivos. Por ende, estaba decidido en encontrar eso que tanto le urgía. Así que se dedicó a investigar tanto como pudo.

Colocó las palabras: "control", "dominio", "poder" y "asfixia erótica". Esta última con el fin de tratar de encontrar una conexión con todo aquello que había experimentado. Por dentro, imaginó que no encontraría el nexa hasta que se topó con un acrónimo potente: BDSM.

Abrió bien los ojos y se dedicó a leer y releer toda la información que tenía disponible frente a sí. Se encontró con un largo artículo que le hizo pensar sobre todo lo que había vivido antes. La conducta y la actitud, todo pareció encajar a la perfección como si fuera un enorme

rompecabezas.

“El Dominante es la persona que tiene el control de la situación durante una sesión. La sumisa o sumiso, le entrega toda la voluntad y el deseo con el fin de que este lleve el ritmo como se le antoje. No obstante, el Dominante, debe estar consciente de ejercer la cantidad suficiente de dominio porque de lo contrario, la interacción se interpretará como violenta”.

Ese párrafo le sirvió para entender una parte de las cosas pero, dentro de todo, le ayudó a entender bien la postura en la que se encontraba, esa misma que había experimentado a lo largo de su vida.

Tragó fuerte y se quedó pensativo, más dudas aparecieron en su cabeza, por lo que siguió pensando y analizando la situación lo mejor que podía. El panorama se veía más claro a medida que seguía leyendo al respecto.

Al final, después de haber consumido esa gran cantidad de información, se echó para atrás y dejó que su mente descansara. Había sido demasiado para una sola persona y necesitaba sentirse un poco tranquilo para poder procesar todo aquello.

-Por fin... -Se dijo a sí mismo.

No tardó demasiado en explicarle a ella el tipo de persona que era, por lo que hablaron largo y tendido. Temía el rechazo pero percibió que las cosas estaban bien porque se dio cuenta que ella pareció recibir con cierto entusiasmo eso que escuchaba. Fue una parte que le resultó bastante interesante. Desde ese momento, pensó que podía dar rienda suelta a su verdadera esencia.

Comenzaron a experimentar con cuerdas, vendas y mordazas. Daniel leía sin parar y se daba cuenta que tenía prácticamente un mundo nuevo por delante. Había tantas opciones que cada vez más tenía ideas nuevas.

Todo pareció ir de maravillas, estaba con una mujer increíblemente guapa y estaba explorando su sexualidad, ¿qué más

podía pedir?

Aunque pasemos por situaciones diversas en la vida en donde nos topamos con momentos que nos hacen increíblemente felices, es cierto que se llegará a un punto en donde todo tendrá que terminar. Daniel no estaba preparado para ello.

Sí, el sexo era increíble pero también estaba sintiendo cierto afecto por ella, pero en su interior tenía claro que eso no podría caminar demasiado por una serie de factores que prefería ignorar.

-Vine para aquí porque tenía que cubrir unas vacaciones a alguien. Mi tiempo se acabó y debo regresar a otro lugar... Con mi esposo.

-¿Esposo?

-Sí, estoy casada.

La cara de sorpresa de él fue tal que ella comprendió de inmediato el daño que había provocado.

-Lo siento, no pensé que fuera necesario decirlo... No pensé que las cosas terminaran así.

Daniel había experimentado todo tipo de emociones con ella: desde la pasión extrema, el cariño profundo y ahora eso. No estaba seguro si se trataba de desengaño, traición o algo así, no lo tenía demasiado claro pero sabía muy bien que era algo desagradable.

Estaban en un parque y él comenzó a mirar hacia todas partes, como si estuviera buscando las respuestas a una situación incomprensible y fuera de lugar. Se percató de los niños corriendo, de la fuente en el centro, del ruido de los vendedores de helado y de las risas. Todo le pareció demasiado fuera de lugar.

-Debo irme.

-Lo siento, de verdad. No pensé que esto terminara de esta manera...

-Es mejor que no nos veamos más.

Ella sólo alcanzó a agachar la cabeza y dejar que se fuera. Cada paso que dio, Daniel supo que la vida no era así de fácil, así que tenía que resignarse por completo.

Lo que sacó de toda esa experiencia fue el tener más claro lo que era sí mismo: un chico Dominante que por fin había encontrado un poco de sentido en toda la situación. Por otro lado, también debía reconocer que estaba en una de las etapas más emocionantes de su vida: había sido admitido en uno de las universidades más prestigiosas del país, gracias a su esfuerzo personal y a su constancia.

Esa etapa de su vida fue increíble, tuvo la oportunidad de conocer gente increíble. También le gustó darse cuenta que podía desechar por un momento su timidez porque no quería sentir que tenía ataduras al respecto.

Iba a fiestas después de esas exhaustivas clases de Anatomía y luego regresaba a estudiar a su habitación compartida aunque aún no había pasado la cruda. No obstante, también dividió su vida al formar parte del club de natación y al destacar como uno de los estudiantes de medicina más importantes de la universidad.

En ese mismo periodo, se dio la oportunidad de explorar aún más sus necesidades como Dominante. Por supuesto, tenía que ir con cuidado porque tener una inclinación como esa podría meterlo en problemas. Comprendió rápidamente que la vida en ese mundo y el vainilla debían permanecer separados por si no quería tener problemas al respecto.

En el ínterin, disfrutó salir con cualquier tipo de mujeres y conoció algunos otros secretos sobre el placer sexual. Ciertamente no todo debía limitarse a meterlo y ya, había un mundo de cosas que no podía dejar de lado.

Esto también le sirvió para desarrollar su sentido de observación, cualidad que le fue perfecto para sus años de estudio.

Un día, después de una dura práctica de Neurología, se encontró en la habitación de su piso y miró algo que le llamó la atención: se haría una reunión de BDSM en las cercanías. Se enteró gracias a que se había corrido la comunicación entre los miembros que se encontraban en la ciudad.

Por un momento dudó por sus obligaciones, sin embargo, era una persona joven y tenía que aprovechar al máximo su juventud. Así que confirmó su asistencia.

Había ignorado esas invitaciones en veces anteriores porque le parecía un poco incómodo ese tipo de encuentros, sin embargo, algo le decía que debía retomarlas puesto que no estaba demás refrescar algunas cosas. Todo eso, a la larga, se podría traducir en beneficios y eso era lo que realmente buscaba.

La cita era en un local cercano en Central Park. Le pareció curioso sobre todo por tratarse de un lugar bastante concurrido y con presencia de todo tipo de personas. Fue al lugar e incluso estuvo de echarse para atrás porque el cansancio lo arrastraba cada vez más. Pero apenas le dejaron entrar, se encontró con ese ambiente que sintió tan suyo, tan personal.

Las mujeres vestidas de cuero o como doncellas, mostrando sus piernas o escotes pronunciados, hombres luciendo trajes negros, impolutos, y otros semi desnudos, arrodillados, siendo objeto de humillación. Había máscaras, cadenas, cuero, látigos, ponis y gatas, esposas y velas encendidas a pesar que había una luz roja densa que servía para iluminar todo.

Ese lugar reinaba la perversión y la lujuria, la libertad y la esencia de cada persona que estaba allí. No había lugar para la vergüenza o para pretender lo que no se era. Todos se encontraban en ese microuniverso perfecto. Daniel recordó lo bien que se sentía y que dentro de todo debía permitirse vivir más de eso.

Terminó la universidad y en seguida se decantó por la cardiología como especialización. Estaba tan fascinado por el sistema circulatorio que tuvo sentido seguir ese impulso. Estudió y se entregó por completo a ese postgrado mientras hacía prácticas en hospitales y clínicas. Gracias a su constancia, comenzó a hacerse nombre no sólo en el ámbito médico sino también en la ciudad. El brillante Daniel Lewis, joven promesa que sólo cosechaba éxitos.

Para cualquiera era imposible que una persona con tantas responsabilidades tuviera energía para estudiar, trabajar y seguir con otros proyectos. Pero para él, era de lo más natural, había nacido con esa cualidad y quería aprovecharla al máximo. Además, nadie sabía que el BDSM le ayudaba a encontrar ese equilibrio perfecto de las cosas.

Entre los azotes y las sumisas de turno, entre las torturas y el deseo de sexo duro, él estaba determinado a darse a sí mismo la estabilidad que tanto necesitaba para encontrar paz y tranquilidad financiera, siempre bajo sus propios medios y sin la ayuda de nadie. No quería deberle favores a la gente, por eso trabajaba duramente.

Gracias a ello, antes de graduarse, fue contratado por un hospital especializado en cardiopatías y demás enfermedades del corazón. Comenzó a trabajar allí como residente, hasta que poco a poco comenzó a escalar rápidamente.

También siguió prestando apoyo en clínicas como cirujano y como médico consultor. Fue tanto su éxito, que incluso le habían ofrecido una cátedra en la misma universidad en donde había estudiado. No la aceptó porque se consideró a sí mismo aún sin demasiada experiencia para afrontar algo de ese calibre.

Entonces siguió haciendo trabajos y asistencias en cuando podía. La ambición de hacer más lo había llevado al punto de querer el éxito a toda costa.

Poco a poco también fue escalando en esa lista de personalidades millonarias hasta que hubo un año en donde la revista Forbes lo había colocado entre los multimillonarios más influyentes de la sociedad y la comunidad médica. Sus padres y sus amigos íntimos estaban más que orgullosos.

Por un lado, parecía que Daniel tenía todo. Una carrera que amaba, dinero, influencia y la posibilidad de tener a todas las mujeres que quisiera. Eso, sin dejar de lado, que era sumamente encantador y atractivo. La gente parecía caer rendida a sus pies.

Sí, en apariencia parecía tener todo lo que quisiera pero lo cierto es que a veces tenía la sensación de que faltaba algo más. Quizás la compañía de alguien con la que pudiera compartir plenamente su situación sin sentir miedo, sin tener que preocuparse por si alguien tuviera que enterarse.

Eso mismo estaba pensando mientras manejaba su Camaro del 79. Al pararse en un semáforo en rojo con ese tráfico infernal, comenzó a tararear cuando sonaba Lofticries en la radio. No era su canción favorita de Purity Ring, pero al menos lo hacía sentir un poco mejor.

Mientras veía a la gente cruzar de un lado al otro, miró algo que le llamó la atención, una melena rizada y negra. Enfocó bien la mirada y se dio cuenta que era una chica preciosa, preciosísima.

Detalló su perfil, la nariz y los labios gruesos pintados de rojo, los lentes oscuros, el movimiento del cabello y el resplandor del sol sobre su piel morena. Increíblemente, sintió que el tiempo pasaba con lentitud, como si este le estuviera permitiendo que pudiera verla en todo su esplendor.

Entre sus tantos movimientos, se quedó embobado cuando la vio recogerse un mechón de cabello para echárselo detrás de la oreja. Ese gesto delicado y dulce, le pareció tan conmovedor que no se dio cuenta siquiera que había cambiado la luz a verde y que varios coches estaban tocando la corneta como desesperados.

-JODER.

No quiso acelerar, no quiso moverse de allí, deseó congelar ese momento para siempre, quedarse en ese recuerdo y guardarlo por más tiempo. Quizás hubiera sido útil saber si se dirigía hacia un lugar en específico pero no tuvo oportunidad de notarlo. Tuvo que avanzar y quedarse con el recuerdo de esa chica que parecía triste y a la vez hermosa.

-Buenas tardes, doctor... ¿Doctor?

Daniel llegó a la clínica aún con el pensamiento en esa mujer.

¿Quién era? ¿Cómo podría saber de ella? Tendría que saber más al respecto porque no le pareció lógico quedarse así de enganchado con una desconocida.

-Ah, sí. Eh, buenas tardes.

Aunque se lamentó no haber reaccionado con mayor rapidez, pensó que quizás se volverían a ver. Tenía la ligera impresión de que sería así.

III

Era otro día como cualquier otro en la cafetería. A pesar del cansancio, Mar pudo salir victoriosa de los exámenes y había recibido la notificación de que había sido la primera en su curso. Para tratarse de una carrera que no le gustaba demasiado, no estaba mal.

Además, había recibido el pago por haber hecho horas extras, otra buena noticia. Entonces tenía vacaciones y dinero, pensó que lo que haría inmediatamente sería ir a la residencia estudiantil, y echarse sobre ese sofá viejo pero infinitamente cómodo. Ansiaba demasiado ese momento.

Siguió registrando órdenes de café y galletas, de agua mineral y de bollería dulce para quien quisiera desayunar o hacerse una rápida merienda. No importaba demasiado porque estaba particularmente de buen humor, a pesar que no siempre estaba así.

Durante su hora de almuerzo, en donde pudo descansar por fin sus pies, recibió un correo que la entusiasmó aún más:

“Informamos a nuestros queridos miembros que se hará una próxima reunión en día viernes con motivo del aniversario de nuestro grupo en la ciudad. El lugar es el mismo de siempre. Podrán llegar a partir de las 9:00 p.m. Esperamos contar con su asistencia”.

Ella sonrió mientras terminaba de comer un sándwich de pavo. Resulta que era en esa misma semana, así que ya estaba pensando en lo que se pondría para esa noche, e incluso en las cosas que vería.

Lo cierto es que estaba ansiosa por ir porque desde hacía tiempo añoraba ese ambiente y también porque sentía que la fantasía de ser recluida en una mazmorra para ser sometida a todo tipo de placeres, la estaba volviendo loca. Algo nuevo por hacer. Nada mal.

Él estaba terminando de escribir un informe médico cuando escuchó un ligero sonido en el móvil. No le prestó demasiada atención y siguió hasta que terminó al cabo de poco tiempo. Se quitó los lentes para relajar la vista un poco y luego se los volvió a colocar

para buscar el aparato y ver de qué se trataba. Era un mensaje a su correo personal.

Levantó la ceja y comenzó a leer: una reunión del grupo BDSM de la ciudad para el viernes. El mismo sitio de la puerta roja oxidada. Pensó en no asistir pero después se dio cuenta que quizás no iba a resultar una pérdida de tiempo después de todo. Iría a un lugar que ya conocía y posiblemente vería gente nueva. Entonces, ¿por qué no darle una oportunidad? Fue allí cuando cambió de opinión.

Los días transcurrieron rápido. Una Mar descansada y de buen humor, estaba de frente a su clóset dispuesta a escoger la ropa adecuada para el evento de esa noche. Aunque sabía que no era demasiado formal, quería verse bien.

Escogió entonces un vestido de mangas largas de color negro, medias negras y unas zapatillas Adidas. Se colocó una bufanda gris y un abrigo del mismo tono. Se maquilló con sencillez y se sonrió a sí misma en el espejo. Por primera vez, se quitó esa nube negra que tenía sobre su cabeza. Bajó corriendo y se fue para tomar el subterráneo con entusiasmo.

En otro lado de la ciudad, un Daniel también estaba preparándose para la reunión. Esta vez había cancelado todas las citas para tener al menos unas cuantas horas de tranquilidad.

En su elegante loft en Manhattan, él terminó de colocarse el saco negro para darse cuenta que en efecto se veía muy bien. Se sonrió a sí mismo y luego bajó las escaleras para ir a la cocina, tenía la necesidad de tomar un buen whisky así que se tomó todo el tiempo del mundo. No tenía prisa.

Mientras vertía poco de hielo sobre el vaso que tenía frente a sí, recordó de repente a la chica que cruzó la calle hacía días atrás. Se sintió como un tonto porque no podía creer que la imagen de esa mujer todavía estuviera allí, en su mente para perturbarlo.

Esa piel y ese pelo lo tenían casi al borde de la locura y esa peor porque no tenía ni la más remota idea de dónde podría dar con ella.

Se sintió un poco impotente pero luego recordó que iba a una reunión de una de las cosas que más le gustaba en el mundo, así que no tenía caso volverse esclavo de eso.

Una de las cosas que nosotros, los humanos, olvidamos es que las coincidencias de la vida son impresionantes. Estamos atados a una serie de situaciones que no imaginamos y resulta que en el momento menos esperamos, coincidimos como si fuéramos dos cuerpos celestes que colisionan entre sí. Mar y Daniel estaban a punto de experimentar un encuentro que los haría sentir que la vida era eso, instantes mágicos.

Después de llegar, Mar salió de la estación y caminó un poco. Pasó por el parque y se encontró con ese lugar repleto de gente, imaginó por un momento cómo serían las cosas si fuera como alguna de las personas que estaban allí.

Con un gusto común y no con esa tendencia loca que la llevaba a desear situaciones extremas en donde se conjugaban el placer y el dolor. Pero, de ser así, ¿qué sentido tenía? La diversidad significaba eso, variedad de pensamientos y resultaba que ella tenía una que al menos compartía con otros.

Tocó la puerta roja, dijo la frase y le abrieron. La recibieron con animosidad y de inmediato se sintió como si estuviera en casa. El estar de vacaciones le hizo sentir un poco más festiva, por lo que optó por ir a la barra de siempre y pedir una cerveza.

-Bien fría, por favor.

Dejó el billete sobre la madera, recibió el vuelto y luego se concentró en el medio de esa gran sala. Había gente de todo tipo y parecía que justo estaban reuniéndose porque uno de los líderes, ese hombre de rostro amable que había visto la primera vez, se preparaba para decir unas palabras. Ella optó por sentarse en uno de los bancos y se ver lo que tenía a su alrededor, estaba a la expectativa de lo que la noche le iba a ofrecer.

Daniel pasó por ese pasillo para encontrarse de nuevo con el

brillo de esa luz roja densa. Pensó que, por suerte, las cosas no habían cambiado ya que eso le daba cierta sensación de familiaridad. Desde la distancia se dio cuenta que la gente estaba congregada en el espacio central así que supuso que se pronunciarían algunas palabras de bienvenida. Esas cosas que le parecían tontas y un poco ridículas.

Se acomodó al otro lado del salón luego de saludar a unas personas, mientras lo hacía, tuvo la sensación de que alguien lo estaba observando, pero no le prestó demasiada atención sino hasta que se pudo acomodar por fin a un lado de la sala. Conversó un rato con una de las organizadoras, una pelirroja despampanante de carácter dulce. Detrás de ese exterior se le consideraba como una de las Dominatrix más duras dentro del grupo.

-Hay mucha gente hoy, ¿no?

-Uy, sí. Pensamos que no vendrían muchos, pero por suerte nos equivocamos. Ya estamos moviéndonos con los eventos y las bebidas. ¿Te prestas para hacer unos cuentos ejemplos?

-Ja, ja, ja. Gracias por el ofrecimiento, pero esta vez me quiero quedar como un espectador más. Necesito un descanso.

-Aw, nuestro Dominante favorito necesita un respiro.

Ambos comenzaron a reír y en ese momento el hombre de negro con cara amable, se preparó para hablar. Daniel aprovechó para mirar a las personas que estaban alrededor. Se percató de que había gente conocida y cuando se dispuso a prestar atención al discurso, se topó con esa imagen que le resultó tan familiar. Era la misma chica de melena rebelde.

Pensó que había visto una especie de espejismo producto de su misma ansiedad de verla, pero no, estaba equivocado. Se dio cuenta la sensación de que ella también lo estaba mirando pero que esquivó los ojos. Sonrió porque le pareció tierno todo aquello.

Miró al frente durante unos segundos pretendiendo que no le había importado cuando realmente no era así, de hecho, la seguía observando por el rabillo del ojo. Ese pelo, esa piel que parecía brillar

bajo el resplandor rojo, los labios y esas piernas... Divinas.

En ese momento, él se puso en modo de cazador, principalmente porque pensó que no se encontraría con ella, pensó que había sido una especie de obsesión que debía rechazar rápidamente. Luego, reflexionó un poco y también se percató que no había sentido nada tan poderoso desde hacía tiempo. Quería encontrar una explicación y la única manera que se le ocurría era acercándose a ella.

-Estimados amigos -Dijo el hombre-, hoy estamos de fiesta porque vemos caras amigas y nuevas que se han reunido en el aniversario de este grupo. En lo personal, no pensé que seríamos capaces de llegar tan lejos pero me alegra ver que me he equivocado al respecto. Hemos organizado una serie de exhibiciones y presentaciones para todos ustedes. Así que espero que disfruten la noche. ¡Ah! Por favor, acérquense a la barra que hay cosas deliciosas también. ¡A divertirse!

Mar trató de concentrarse en la mayoría de las palabras que se decían pero lo cierto es que no podía quitarle la mirada ese moreno que estaba al otro lado de la habitación. Era un hombre increíblemente guapo. Desde el primer momento en que lo vio, sintió un fuerte impacto en el pecho, como si hubiera recibido un golpe contundente y se hubiera quedado sin aire.

Trató de no mirarlo demasiado pero se le hizo casi imposible porque apenas había entrado a al lugar, fue como si hubiera irrumpido sin tener ningún tipo de vergüenza. Sonrió y luego de darse cuenta que parecía una tonta, trató de mirar hacia otro lado.

Siguió sin poder y fue cuando él se dio cuenta y en ese momento se sintió como la más tonta del mundo.

-Joder. -Se dijo para sí misma, cada vez más avergonzada.

Por ello sintió un enorme alivio cuando el anfitrión comenzó a hablar para dar la bienvenida. Esas palabras casi se las sabía de memoria pero no importaba. Por nada del mundo la agarrarían como la tonta que había sido. Bajo ningún concepto.

Al término, se dispuso a levantarse del banco y huir hacia alguna de las actividades que se habían pautado pero no tuvo oportunidad. Él se acercó hacia la barra como si fuera una pantera, con un andar lento y sensual.

-Dios mío...No, no, ehm. Mejor me voy de aquí. Sí, sí.

Volvió a decirse a sí misma y pareció que su plan se había cumplido a la perfección hasta que sintió que una mano le había tomado el brazo con delicadeza.

-Hola, disculpa, algo me dice que no nos conocemos y, pues, me gustaría presentarme. Me llamo Daniel.

Apenas terminó esas palabras, él sonrió y ella sintió que el mundo se le había movido debajo de los pies. Esa sonrisa blanca y perfecta, tan bella y aplastante. Por supuesto también quedó intimidada por su altura, el color de su piel y ese cabello negro que brillaba. Sí, en efecto era un hombre guapísimo.

Los nervios la atacaron por un momento, Mar se sintió incapaz por un momento de decirle algo, era si sus labios se hubieran sellado. Luego, trató de respirar profundo y luego lo miró.

-Mucho gusto, me llamo Mar.

Estiró la mano y él hizo lo mismo, se apretaron ambas palmas pero Daniel fue un poco más allá, así que la haló levemente hacia él y le dio un par de besos, uno en cada mejilla. Ella sintió que se había ruborizado violentamente por lo que agradeció la luz roja, al menos él no se daría cuenta... O al menos eso creía.

-Pues, ¿qué te parece la reunión? Parece que promete, ¿no?

-Sí, sí. Sin duda. No me había fijado que había venido bastante gente. Es agradable porque me da la sensación de que somos unos cuantos aquí...

Se quedó callada cuando se dio cuenta de que él no le quitaba la mirada de encima. Tenía un poder extraordinario para hacerla sentir así, intimidada, minúscula pero también fascinada. Una mezcla increíble.

-¿Te gustaría venir conmigo? Por aquí harán un show de ponis y si te soy sincero, es la primera vez que veré uno y la verdad es que me gustaría compartirlo con alguien.

Mar dudó por un momento pero luego asintió como si careciera de cualquier tipo de voluntad. Así que los dos caminaron hacia una de las estancias de esa parte de la sala para encontrarse con un grupo de gente que ya se encontraba sentada y esperando el espectáculo que estaba a punto de suceder.

-¿Qué te parece si nos sentamos por aquí? Esto promete, eh.

-Sí, eso parece. Por cierto, ¿tienes idea de lo que se trata?

-La verdad es que muy poco. Sé que una de las tantas variantes de dinámicas que hay pero no he tenido la oportunidad de toparme con algo como esto. La verdad es que me llama la atención porque me genera mucha curiosidad.

Justo en ese momento, una mujer con un largo vestido de cuerpo y con botas altas tenía un par de riendas en su mano, las cuales estaban atadas a otra mujer vestida de poni. Mar abrió los ojos y llevó su cabeza hacia el frente. No había visto nada remotamente parecido.

El escenario estaba dispuesto como un círculo y la Dominatriz tomó un pito que colgaba de su pecho, hizo el ruido correspondiente y la chica vestida de poni comenzó a “galoppear” despacio. Luego de otro pitido un poco más largo, los pasos se hicieron más de prisa. La gente, al ver el espectáculo, procedió a aplaudir como fascinados por el espectáculo que tenían en frente.

Mar seguía confundida pero luego recordó en la variedad de estilos de vida que permitía el BDSM, así que luego de un rato sonrió gustosa y hasta se prestó también para aplaudir. Por otro lado, Daniel no paraba de detallarla. Ciertamente era una mujer bella y algo tímida, tenía la sensación de que quizás era de ese tipo de personas que no confiaban demasiado en sí mismas.

Pero bien, se decidió por darle su espacio... En la medida de lo posible porque tampoco permitiría que se le escapara tan fácilmente.

Ella había sido protagonista de sus fantasías y sus deseos por demasiado tiempo.

Mar estaba impresionada pero poco después se espabiló porque sintió que él la miraba con insistencia, así que su curiosidad hizo que girara la cabeza y se encontraran con los ojos. Los suyos eran grandes y brillantes y sentía que era capaz de perderse en ellos. Él le sonrió dulcemente y ella le respondió igual. Incluso hubo un momento en que sintió que iba a perder las fuerzas de un momento a otro.

-¿Qué tal si nos vamos de aquí?

-Eh, sí, sí, me parece buena idea.

-Pero me refiero de este lugar. No sé, siento la necesidad de ir a un lugar, digamos, menos agitado. ¿Qué te parece?

Mar no estaba acostumbrada a esas cosas. Si bien había salido con chicos anteriormente, esto ya representaba un juego completamente diferente. Siempre tuvo que lidiar con hombres babosos o muy aburridos. Se había acostumbrado a ese tipo de trato y ahora, que tenía algo completamente diferente frente a sí. Daniel seguía observándola, así que no tenía ni siquiera opción de huir.

-Está bien. Creo que será estupendo.

Esbozó una sonrisa como fingiendo que todo estaba tan natural como siempre. Lo cierto es que estaba nerviosa y no estaba segura de cómo funcionarían las cosas. Daniel, como buen observador que era, se había dado cuenta de ello, pero le resultaba divertido porque estaba contento de tenerla consigo. Al fin sabía quién era.

Ambos se levantaron del poni show y caminaron hacia la salida, se despidieron de unas cuantas personas y después se encontraron con el exterior. La noche, para variar, estaba más viva que nunca. La gente iba y venía, el ruido de los coches y las luces de neón les hizo darse cuenta que habían cruzado una especie de portal hacia un mundo completamente diferente. Entonces se rieron y comenzaron a caminar.

Mientras lo hacían, Mar se percató que muchas mujeres y

hombres se giraban para ver a Daniel. Miradas de impresión, lujuria y de alguna otra cosa más que no pudo identificar rápidamente. Primero se sintió un poco confundida porque no había estado con alguien así, tan guapo y elegante, con un porte que era capaz de intimidar a cualquier persona.

-Ah, este café-bar es estupendo, ¿te gustaría entrar?

-Claro, confío en tu criterio.

Él sonrió un poco y la entraron en el lugar que ya de por sí estaba concurrido. El sonido de los vasos y botellas, las conversaciones y esa música de fondo que extrañamente no parecía interrumpir el ambiente.

Daniel saludó afectuosamente a unas personas que estaban en la barra e hizo seña hacia donde estaba Mar, uno de ellos asintió y los miró para que lo siguieran. Atravesaron a ese mar de gente hasta que se encontraron con unas escaleras de madera. Subieron lentamente y luego se encontraron con una estancia completamente diferente.

-Guao, qué hermoso esto.

Era una sala más o menos pequeña, con mesas de madera oscura y con velas encendidas junto a pequeños arreglos de flores blancas. Mar se sintió casi conmovida por el lugar.

-Bienvenidos, chicos. Este es un lugar para clientes especiales. Así que podrán olvidarse del ruido de abajo porque aquí todo es bien tranquilo. Espero que les guste. Ya les traerán la carta.

Ella aún tenía los ojos abiertos como platos hasta que él apartó una de las sillas para que se pudiera sentar.

-Este lugar es increíble. No pensé que existiera algo así.

-Nueva York siempre te sorprende. Crees que lo conoces todo pero resulta que no es así. ¿Cierto que es encantador?

-Sí, pero debo preguntarte, ¿cómo descubriste eso?

Daniel no le gustaba hablar demasiado de sí mismo porque pensaba que en cualquier momento sonaría pretencioso. Lo cierto es que se quedó un rato callado hasta que encontró las palabras

adecuadas.

-Pues, me gusta mucho comer y conocer lugares nuevos, es un gran ejercicio porque esta ciudad puede ofrecerte de todo prácticamente todo el tiempo. Pero sucede que me gustó mucho este lugar y me he vuelto casi que un fanático. De hecho, he traído a varios de mis compañeros de trabajo porque siento que tengo que llevar la buena palabra.

-Ya veo... Pues, está genial, impresionante. Para mí esto es algo nuevo porque suelo comer cualquier cosa que me permita tener tiempo para luego estudiar. Ah, y que sea barato.

-¿Estudias?

-Sí, Economía y Negocios. Pero ahora me encuentro de vacaciones así que creo que no me puedo quejar de demasiado.

-Supongo que has dormido un poco. –Dijo sonriendo.

Ella asintió levemente y por unos segundos tuvo la sensación de que estaba punto de perderse en ese rostro. Sin embargo, en ese momento les llevaron cervezas y unas cuantas cosas para picar un poco.

Daniel tuvo la sensación de que ella se sentía atraída por él. Deseó que fuera de esa manera puesto que realmente estaba entusiasmado. Más de lo que había pensado.

Después de unos cuantos tragos, Mar se sintió un poco más suelta, de hecho comenzó a hacer chistes y comentarios graciosos.

-Parece una persona completamente diferente. –Se dijo él para sus adentros.

Se descubrió mirándola, como si estuviera fascinado. Comenzó a detallar algunos aspectos de su rostro, además de los gestos que hacía cuando se expresaba. Los saltos de los rizos a los lados de su cabeza, los ojos cafés oscuros, los labios gruesos y la nariz ancha, esa misma que tenía un lunar en la punta. Además, las pequeñas pecas que parecían enmarcar los pómulos no demasiado prominentes.

Justo en ese momento también se le despertó su parte más carnal.

Más allá de su belleza, también estaba el hecho de que le atraía mucho físicamente. Esas piernas, esas caderas y la cintura. No podía esconder el hecho de que esas partes siempre le causaban debilidad y sólo pensaba en la necesidad de tocarlas.

La dejó hablar por largo rato mientras internamente se preparaba para decirle un montón de cosas. No sabía por dónde empezar.

-Sí, trabajo en un café por aquí cerca pero de verdad que...

-Disculpa que te interrumpa pero tengo que decirte algo que he estado pensando desde hace rato.

Mar cobró una expresión fatalista en el rostro. Pensó lo que casi siempre solía pensar, que era aburrida y que la diversión había acabado gracias a su verborrea. De inmediato se quedó en silencio, encerrada en sí misma.

-... Hey, no te pongas así. Es que siento que debo decirte algo y he estado pensando en cómo. Pero bueno, supongo que no eres una chica que le gustan los rodeos y a mí, menos. Lo cierto es que me pareces una chica hermosa y muy agradable, y me encantaría poder conocerte mejor.

En ese momento, él se acercó más a ella de manera de que sus rostros quedaron muy juntos. Mar, sin saber muy bien si se sentía así por el alcohol o por la obvia atracción que sentía por él, permaneció allí, incólume.

Daniel sonrió muy coquetamente y después procedió a acercarse un poco más. Al final, sólo le tomó un pequeño impulso para darle un suave y dulce beso. Mar inmediatamente cerró los ojos y sintió que su cuerpo estaba flotando por las nubes. Esa sensación de bienestar y placer la embargó por completo y casi la hizo sentir que el miedo que experimentó al principio era algo risible.

De inmediato sintió las manos de él sobre su cuello, rozándolo suavemente mientras que ella sentía que estaba muy lejos de ese lugar. Lo más curioso de todo fue que ese beso y esas caricias la estremecieron al punto de cuestionarse si era real todo aquello.

Nunca sintió nada remotamente parecido.

Lentamente, los labios de Daniel se despegaron de los suyos y fue la única forma que ella pudo reaccionar y hacer contacto con la realidad. Luego se miraron fijamente y él se le quedó mirando hecho un tonto, sin embargo, había también una intención detrás de todo ello y era palpable.

-Aquí va mi segunda oferta de la noche: ¿qué tal si nos vamos a un lugar más cómodo?... Digamos, mi casa.

Mar se quedó tan impresionada que esa sensación de placer y bienestar se le pasó de golpe. Abrió los ojos como platos y luego llevó la mirada hacia la madera oscura y a las marcas de los vasos fríos. Se quedó pensativa porque no sabía qué hacer. Ya de por sí era bastante extraordinario que un hombre como él demostrara ese interés hacia ella, pero Mar era una mujer insegura.

-Probablemente lo hace porque me tiene lástima. -Se dijo para sus adentros.

Sin embargo, Daniel sonrió una vez más y le tomó el rostro suavemente.

-Oye, no tienes por qué decir que sí. Igual lo podemos dejar para otro día. Sucede que no quiero perder la oportunidad de seguir hablándote. Viéndote. Me gusta mucho. Sí... Sé que es un poco apresurado pero la vida es corta, ¿no?

Ella asintió levemente y tomó un poco de aire para responderle que debía irse porque le tocaba un turno fuerte en el trabajo.

-Bien, no hay problema. ¿Qué tal si nos vemos mañana después de que salgas? Tengo unas cuantas citas pero no creo que me quiten mucho tiempo. ¿Te parece?

-Vale, perfecto.

Salieron del lugar y luego de despedirse, caminaron unas cuantas calles. A pesar que era cerca de la madrugada, la noche estaba más activa que nunca. Así era Nueva York y es por eso que muchos se enamoran de ella.

-Mi coche está por aquí. ¿Quieres que te lleve a casa?

-Oh, no, vivo prácticamente al otro lado. En una residencia estudiantil. Creo que te desviarías demasiado.

-Eh, no tengo problema. Hay muchos locos sueltos a esta hora y me haría sentir mejor que te fueras conmigo.

-Vale. -Respondió ella sonrojándose un poco.

Caminaron un poco más hasta uno de los lados del Central Park, a esa hora, sólo había grupos de adolescentes ebrios escuchando música o señoras paseando a sus perros. Poco a poco se acercaron a un increíble Camaro negro y allí Mar se dio cuenta de que quizás él realmente era una persona importante en la ciudad. Cuando llegara a su piso, se encargaría de investigar al respecto.

Se subieron y se enrumbaron hacia otra parte de la ciudad. Mar reclinó la cabeza sobre el asiento porque de repente sintió que todo le daba vueltas. Estaba cansada y estaba un poco afectada por las cervezas, pero eso sí, no demasiado. Lo suficiente como para tener un poco más de soltura social.

De vez en cuando, Daniel la miraba para asegurarse de que estuviera bien, de resto, le gustaba verla así. Un poco más libre y despreocupada, una imagen que contrastaba mucho con la apariencia de mujer nerviosa que ya tenía.

-¿Estás bien?

-Sí, sí. Lo siento si estoy muy callada. Sucede que tenía un poco de tiempo sin sentirme así de bien. A veces creo que tengo una especie de nube negra en la cabeza y hoy me la quité un poquito.

Sonrió como una niña y volvió a concentrarse en el camino. Daniel, por otro lado, le pareció tierno pero también estaba ansioso por probar su boca de nuevo y por tomarla con fuerza.

Pero se calmó un poco, hizo un gran esfuerzo, sobre todo porque aún estaba manejando y un poco de charla tampoco caía mal. Poco a poco, se estaban acercando al lugar.

-Sí, bien por aquí ... Y luego cruza por aquí.

-¿Está bien aquí?

-Sí, más bien, unos cuantos pasos más y llego sin problemas.

Daniel respondió con una sonrisa y las defensas de Mar se desplomaron por completo. Era débil porque no podía resistirse a él. Entonces cayeron en un silencio tenso en donde lo único que se escuchaba era esa respiración acelerada de ella. Él la volvió a tomar por el cuello y se acercó para darle un beso.

A diferencia de la primera vez, no hubo gestos suaves ni delicados. El deseo se manifestó con mucha más fuerza ya que las manos de ella prácticamente lo abrazaron por completo, mientras que las manos de él se encargaron de tomarle la cintura con determinación. Estaba excitándose y sabía que ese animal que vivía dentro de su cuerpo iba a salir en cualquier momento.

Por más intentos que hizo para evitarlo, la boca de Daniel descendió un poco más hasta quedarse anclada en el cuello suave de ella. Sus labios se movían con una mezcla de sutileza y pasión que le emocionaba cada vez más.

Se sentía tan bien, esas texturas y esa intensidad que se pasaba a la piel del otro una y otra vez. Mar dejó de pensar y él sólo quería sentir cada vez más. Si ella antes había perdido ligeramente la noción del tiempo, en esta ocasión casi se desconoció a sí misma.

Pero había que despertar, había que espabilarse y reaccionar de una vez. Entonces Mar se separó un poco porque si no iba a perderse allí. Los dos se miraron y se quedaron muy juntos durante un largo rato, como si fuera un impedimento el separarse. Entonces él se acomodó lo mejor posible, permitiéndole a ella hacer lo mismo.

-Lo siento... Creo que me emocioné demasiado.

-No, discúlpame tú a mí por haberte retrasado un poco, no era mi intención.

-No digas eso. Si fuera por mí me quedo anclado aquí todo el rato que sea posible. Créeme.

Ese hombre tenía esa fuerza hasta en el modo de hablar, por eso

sintió que había temblado de pies a cabeza.

-Vale, vale.

-Quiero que nos veamos mañana. Quiero verte.

Mar estaba confundida. Nadie había mostrado tanta efusividad en verla como Daniel. Seguía dudando y seguía temiendo que realmente existiera una conexión así de fuerte. Entonces asintió y los dos quedaron que se verían después de que ella saliera del trabajo.

Antes de salir, Daniel se volvió a acercar y le estampo un intenso beso en los labios. Se sintió tan poderoso que ella experimentó de nuevo esa caída al abismo del placer. Era delicioso, exquisito y quería más. Simplemente le encantaba.

-Vale... Nos, nos vemos mañana.

-Nos vemos mañana.

La dejó salir y esperó a que entrara, luego, encendió el coche y comenzó su camino de regreso a su lujoso loft de Manhattan.

-Esta vez no te escaparás de mí. Lo puedes apostar.

IV

Cerró la puerta tras sí y se quedó en completo silencio. No pudo creer lo que acaba de pasar. La oscuridad de ese piso tan pequeño, no mostraba que sus mejillas estaban tan sonrojadas por ese encuentro tan fuera de serie.

Mar se echó en el sofá a reflexionar sobre lo que había pasado. Su vida, en cuestión de días, había dado un estrepitoso giro. Todo cambió y a partir de las vacaciones, el dinero y claro, la reunión BDSM que se entusiasmó para ir. Se preguntó si esa emoción había sido producto del destino porque su general apatía la hubiera convencido de no ir. Menos mal que cambió de idea.

Le provocaba risa y también desconcierto lo atractivo que era. Entonces, antes de seguir fantaseando, se levantó para encender la computadora y buscar información sobre él. Introdujo su nombre y algunos datos que recordó de la conversación que tuvieron en ese café-bar.

Esperó unos cuantos segundos y luego se topó con algo que la golpeó de frente. Se trataba de Daniel Lewis, el cardiocirujano más reconocido de la ciudad y uno de los solteros inalcanzables. Atractivo, poderoso y claro, multimillonario, Daniel era el tipo de hombre que se había hecho un nombre a través del esfuerzo y el trabajo duro. Incluso, apareció en la lista Forbes y en la portada del Times. Nada más, nada menos.

Mar se quedó aún más impresionada, así que volvió a echarse en el sofá con esa impresión en mente y preguntándose si realmente se merecía todo aquello.

Estaba tan cansada que se quedó dormida allí y casi no escuchó el reloj despertador. Bajó de un brinco y fue al baño a tomar una ducha rápidamente porque de lo contrario llegaría tarde al trabajo. Estaba apurada y por unos momentos había olvidado que ese día, más tarde, se encontraría con él.

Salió prácticamente corriendo del edificio y tomó a duras penas el autobús que la llevaría hacia el café. En una situación un poco menos estresante, estaba Daniel. Desde hacía un par de horas atrás, ya estaba atendiendo a la gente en su consultorio, por lo que ya tenía un buen ritmo.

Entre consulta y consulta, había quedado en hacer un par de operaciones y en alternar la guardia del hospital con la tentativa de no hacerla porque prefería prepararse física y mentalmente para las operaciones.

En un momento del día, miró el reloj y se dio cuenta que no faltaba demasiado para la hora de almuerzo. Tuvo la tentación de ir a un sitio y comprarse algo rápido y práctico para comer. Estuvo pensativo y recordó el café que le había mencionado Mar.

Ciertamente le quedaba lejos, pero de hacerlo rápido, tendría tiempo suficiente para regresar y volver a su trabajo. Quizás estaba yendo demasiado rápido pero Daniel era un hombre que cuando le gustaba algo, iba a por ello sin importar lo demás.

-Enfermera, me ausentaré por un rato. Llevo conmigo el móvil por si surge alguna emergencia.

-Está bien, doctor. Nos vemos más tarde.

Salió con un poco de prisa y se subió al Camaro. Pisó el acelerador y se enrumbó hacia ese lugar porque la ansiedad ya no podía dejarlo tranquilo.

Mar estaba recibiendo las órdenes como siempre. El mediodía suele ser una de las partes del día más complicados, por lo que debía haber mayor apoyo del personal con el fin de que las órdenes no se acumularan.

Ella iba de un lado para el otro, sin prestar demasiada atención en la gente. Lo únicamente importante, era salir airoso lo mejor posible.

Seguía allí, preparando las órdenes cuando sonó la campanilla de la puerta. Era Daniel que acababa de entrar y quien había visto a Mar

desde lo lejos. Tenía las mejillas rojas y la cara de estrés. Sonrió para sí mismo puesto que había descubierto que el verla le había producido una especie de alivio, como un bálsamo.

Se colocó en la fila de la caja y avanzó poco a poco hasta que estuvo cerca de que le tomaran el pedido. Alzó la cabeza ligeramente y leyó el menú. Optó por un sándwich de pollo, una gaseosa y unas papas Lays. Nada exorbitante, una comida ligera puesto que tenía trabajo por hacer.

-Buenas tardes, bienvenido...

La chica de la caja se quedó mirando a Daniel como si fuera un dios griego. Esa presencia tan impresionante e imponente le hizo sentir conmovida por su figura. Ella hizo el intento de terminar las palabras pero no pudo. Le fue imposible, así que él se encargó de hacer el pedido con una voz suave y amable.

Lo cierto es que él comenzó a buscar a Mar con la mirada hasta que se dio cuenta que ella era la persona que estaba allí para entregar algunos pedidos.

-Todo me lo das para llevar, por favor.

-Sí, sí. Seguro.

La chica no le dejó de sonreír hasta el momento en que le entregó el pequeño recibo de papel. Entonces dio unos pasos lentos hacia la otra dirección y notó a una Mar bastante agitada. Se colocó cerca pero ella estaba tan concentrada que no se dio cuenta que estaba allí.

Ella hacía las entregas y de repente tomó una bolsa de papel y una Coca-Cola fría. No revisó el nombre sino que sintió la presencia de él que la miró de frente.

-Creo que este es mi pedido. Sándwich de pollo, papas y bueno, la gaseosa. ¿Cierto?

Mar se quedó en el sitio y él se acercó a ella para darle un beso suave y lento en la mejilla. Sintió que la sangre le subió a la cabeza y que le resultó inútil no poner la cara de embobada por él.

-¿Có-cómo estás?

-Bien, ahora mucho mejor que te veo. Vine porque se me apetecía algo rápido para comer y también porque tenía ganas de verte. Nos veremos en la noche, ¿verdad?

-Sí, salgo a las 7, de hecho.

-Excelente. Entonces pasaré por ti.

-Vale.

Se quedaron uno frente al otro en medio del caos. El gerente del café tuvo que llamar a Mar para que espabilara porque había trabajo pendiente.

-Lo siento, yo...

-No, no. Tranquila. Te paso buscando.

Volvió a acercarse y de nuevo ese beso que la llevó hacia la estratósfera. Fue increíblemente feliz.

Gracias a esa visita, Mar quedó atontada, como si fuera una niña, una colegiala que descubre el calor del amor y que siente curiosidad de ir más allá. Quería entregarse a esa sensación y a no pensar más. Si él había ido a su trabajo para verla, quería decir que no estaba tan mal después de todo.

Como era de esperarse, sus compañeras de trabajo no tardaron tiempo en manifestar su curiosidad sobre el tío.

-¿Sabes que es uno de los solteros más guapos de la ciudad?

-No sólo eso, el tío tiene pasta y muy buena pasta. Se dice que apareció en la lista Forbes.

-Vaya pero se ve que es humilde, eh. No es tan pretencioso como mucha gente que se la pasa por aquí. Se ve que es simpaticón de verdad y hasta agradable.

Todas parecían conocerlo y no pudo creer que ella tuvo que buscarlo en Internet porque la cara le resultó familiar y porque quería saber realmente quién era. Pero bien, el día transcurrió rápidamente hasta que se hizo de noche.

Con el paso de las horas, Mar comenzó a sentirse cada vez más nerviosa. Como no tenía que ya estar frente al público, estaba en las

cocinas o en la oficina de Administración para revisar algunas cosas y prestar ayuda en otras.

-Bueno, Mar, creo que puedes cambiarte si quieres. Ya llegaron los chicos nuevos. Si surge algo antes de tu hora, te aviso, pero no creo. De repente las cosas se calmaron.

-Vale, gracias.

Ella sonrió y fue corriendo hacia los cambiadores de mujeres. Se colocó frente a su casillero y fue a asearse con un poco más tranquilidad. Aprovechó que estaba sola para acicalarse con paciencia y luego salió de allí como si no hubiera pasado nada. Se colocó un par de jeans ajustados, una franela de AC/DC, un cárdigan rojo, una bomber y sus zapatillas negras de New Balance.

Al estar casi lista, se acercó a uno de los espejos que tenía cerca y se acomodó mejor el cabello. Estaba emocionada porque iba a salir con él y no lo podía creer. Salió de allí con su morral y luego se dispuso hacer unas cuantas cosas en la oficina mientras hacía tiempo.

De repente, escuchó su móvil y leyó un mensaje de él que le decía que ya estaba por llegar. Así que ella se emocionó aún más cuando notó que su hora había terminado y que ya le tocaba salir.

Como no quería estar más en la cafetería, salió y en cuanto lo hizo se encontró con él de frente. Tenía unos jeans oscuros, un cárdigan de color azul, una camiseta blanca debajo un abrigo gris. También tenía zapatillas del mismo tono.

-Vaya, pensé que había llegado tarde.

-Oh, no. Justo acabo de salir...

Apenas terminó la frase y él la tomó entre sus brazos para besarla como quiso. Esos labios suaves y deliciosos se entrelazaron con los de ella de manera que volvió a perder la noción de las cosas como ya le había pasado antes.

-¿Nos vamos?

-Eh... Sí, vámonos.

Le tomó la mano y caminaron hacia una calle porque él tuvo dificultades en encontrar un lugar para aparcar. Se subieron entonces al Camaro y el ronroneo de ese coche clásico hizo eco en las calles de Nueva York.

-Pensé en invitarte a comer a un lugar pero lo cierto es que se me antojó mejor la idea de cocinar para ti.

-¿En serio? Vaya, nadie lo había hecho para mí.

-Pues, genial que esta será tu primera vez.

-Bueno, también es mi primera vez con alguien que resulta ser toda una celebridad. No tenía idea de que fueras tan reconocido.

-Ah, eso. Sucede que no me gusta hablar mucho del tema porque no quiero sonar pretencioso. Sé que eso de por sí suene así pero no es mi intención. La verdad es que me pone un poco incómodo porque no sé cómo abordarlo. La medicina es algo que amo profundamente y supongo que tengo lo que tengo porque esa pasión me ha llevado hasta aquí.

-Mi papá es cardiólogo. Créeme que la coincidencia hasta me causó un poco de risa.

-No es para menos. Además, eso quiere decir también que tú y yo tenemos una especie de conexión. ¿No?

-Sí... Creo que tenemos algunas cosas en común.

-Eso me parece.

Poco a poco se enrumbaron a una de las partes más elegantes de la ciudad, Manhattan. Para Mar todo eso tenía sentido puesto que una figura como él debía vivir en la zona más exclusiva.

Lo cierto es que había pasado demasiado tiempo desde la última vez que había ido para ese lugar. No recordaba demasiado sus calles ni el aspecto de estas, pero se alegró en darse cuenta que aún tenía esa magia que caracterizaba la ciudad.

Las casas y residencias elegantes, incluso reconoció algunas por las películas que veía. Se sintió contenta al toparse con un ambiente tan diferente al suyo. Era como si estuviera inmersa en una especie

de aventura.

Él la dejó que mirara hacia todas partes hasta que fueron acercándose a una de las zonas más elegantes del lugar. Un conjunto de edificios altos, de arquitectura limpia aparecieron y Mar asumió que debían estar próximos.

Tomaron un camino y él se colocó frente a un gran portón de madera oscura. Mientras estaba allí, se volteó con fuerza y la tomó del cuello con una mano para atraer su cara hacia la de él. Comenzaron a besarse, mientras ese portón se abría lentamente.

Al darles el paso por completo, Daniel avanzó mientras que una Mar atontada y algo excitada, se quedó en ese estado de trance que le estaba gustando más de lo que esperaba.

Descendieron entonces por una rampa y se encontraron en un estacionamiento. Sólo había allí coches de lujo y de todo tipo, de nuevo, era como estar en otra dimensión, una que ella sabía que existía pero que no le había prestado demasiada atención.

Aparcaron en uno de los puestos y salieron. Daniel aprovechó para tomarla de la mano y caminaron juntos hacia las puertas de los elevadores. Allí dentro, reanudaron el encuentro pasional que habían comenzado dentro del coche. Seguían besándose, acariciándose con una locura impresionante. Fue como si por fin dieran rienda suelta a todo aquello que tenían por dentro y que ya no podían reprimir más.

Lo cierto es que continuaron así apenas las puertas se abrieron en ese enorme loft. Era un lugar espléndido, elegante y con una decoración impecable. Estaba rodeado de ventanales por lo que era fácil sentirse rodeado por la luz en cualquier dirección.

Como era de noche, la sensación era sumamente agradable. Mar continuó con su exploración y notó que él tenía obras de arte en las paredes blancas, muebles de lujo y una enorme biblioteca con libros de todo tipo. Desde medicina hasta mecánica. Sin duda, un hombre con gustos variados.

Se detuvo en uno de arte, una biografía de Renoir, uno de sus

pintores favoritos. Acarició el lomo y se quedó mirando el libro hasta que sintió el frío de la copa que le extendió Daniel.

-¿Te gusta el arte?

-Sí, mucho. De hecho, a veces pinto. Pero eso es algo que mis padres ven como algo inútil así que trato de que ellos no sepan mucho al respecto.

-Nunca he entendido ese comportamiento. Me alegra que puedas dar rienda suelta a lo que te gusta hacer realmente. No dejes de hacerlo.

-Lo intentaré, gracias.

Ambos se miraron e hicieron un brindis. Luego de chocar las copas, tomaron un poco del vino blanco.

-Tienes un lugar precioso. De verdad. Esto más bien parece una galería de arte.

-Pues, creo que es un ambiente que también irá contigo... Todo lo que he visto va contigo.

Él dejó la copa a un lado y tomó la de ella para hacer lo mismo. Se miraron de nuevo y sus bocas se volvieron a fundir en un largo e intenso beso. Por fin estaban en un lugar en donde podían hacerlo libremente.

Poco a poco, las manos de Daniel comenzaron a aventurarse sobre el cuerpo de Mar y procedieron a quitarle la ropa lentamente. La cena tendría que esperar.

La bomber y el cárdigan cayeron al suelo, lo mismo que la camiseta los jeans junto a los zapatos. Mar había quedado en ropa interior y Daniel, al verla de esa manera, se excitó aún mucho más. Se veía tan bella. La piel parecía brillar ante la luz de la luna y el cabello también, ese mismo que se colocaba a los lados de ella como si fuera una diosa. La encontró un poco temerosa pero después volvió a besarla.

-No tienes por qué temer... No sabes las ganas que he tenido de tenerte así. No tienes idea.

Ella gimió cuando escuchó aquello puesto que le parecía increíblemente atractivo esa muestra de deseo, sobre todo esa que provenía de un hombre como ese. Uno que podría tener a la mujer que le diera la gana.

Entre los besos, las caricias y los jadeos, Daniel también procedió a quitarse la ropa. Estaba ansioso porque ella también sintiera su piel, así que se quitó cada prenda como si estas le quemara el cuerpo.

Poco a poco, Mar se topó con esa figura increíble. Ese torso, esa textura tan deliciosa, tan adictiva... Lo tomaba entre sus manos y no podía creer, tan firme, tan escultural, ¿de verdad estaba pasándole todo aquello? ¿De verdad todo era real?

Daniel no pudo más y la tomó de la mano para llevársela a otro lugar, a su habitación. Estaba ansioso, que momentáneamente no se dio cuenta de la ansiedad que ella estaba experimentando, sin embargo, cada cierto tiempo la llenaba de besos y de caricias. Con eso, buscaba hacerla sentir cómoda y convencida de que realmente le gustaba.

Subieron los escalones lentamente hasta que se toparon con un espacio igual de grande. Una habitación impresionante y lujosa. De hecho, Mar abrió la boca de la impresión. Como si fuera incapaz de creer lo que estaba viendo.

No pudo ver más porque él le tomó la cintura y le hizo olvidar de todo lo demás. Esa sensación de perder la noción del tiempo, de desconocerse a sí misma. Extendió sus brazos y con ellos rodeó los hombros fuertes de él. Daniel sintió que por fin ella se había entregado.

La atajó con fuerza y luego la llevó hacia la cama con destreza. Se echó un poco hacia atrás para tomar un momento para admirarla. Estaba tan excitado que no lo podía creer. Al notar que tenía algunas prendas encima, procedió a quitárselas, casi arrancárselas. Estaba desesperado. Por fin haría realidad ese sueño de tenerla en sus

brazos, algo que pensó que sería imposible.

Ella, por otro lado, no paraba de gemir. Parecía de hecho una pequeña gatita en celo, tan bella, tan hermosa sobre las sábanas. La adoraba verla así por él, por las caricias que le provocaba, por ese deseo que parecía no tener fin.

Él también procedió a quitarse lo último que tenía, dejó el bóxer a un lado y la gran verga venosa y gruesa salió para sorprender a Mar. Aunque le intimidó un poco el tamaño, no pudo evitar relamerse los labios. Así que luego de observarlo bien, de inmediato se le accionó su parte sumisa y en seguida se acomodó para darle sexo oral... Estaba ansiosa por lamerlo, por sentirlo en la boca como debía.

Se arrodilló y Daniel comprendió que por fin estaba con alguien que hablaba en el mismo lenguaje que él, así que dejó que ella se colocara para luego tomarle el cabello con una mano y mirarle a los ojos. Mar sabía muy bien qué hacer.

Sacó su lengua y lamió el glande con suavidad. Le encantó esa textura y también lo caliente que estaba. Era tan rico, tan delicioso. Poco a poco también procuró hacer lo propio con el resto del pene.

Besos largos, lamidas y chupadas largas. Cada vez que lo hacía, sentía que esa parte de sí misma, esa que le hacía sentir como una verdadera sumisa, salía a flote sin ningún problema. Le encantaba porque era su esencia y no había nada mejor que eso.

Luego de un rato, se lo metió todo, completo. Se quedó un rato allí y movió su cabeza hacia adelante y hacia atrás con el fin de hacer ese vaivén hipnótico. Daniel, mientras le tomaba el cabello, también hacía un esfuerzo por no desvanecerse tan rápido.

Había extrañado sentir una lengua así, había extrañado que le dieran ese placer que tanto necesitaba. Podía quedarse allí, por todo el tiempo del mundo, sin desprenderse ningún momento de eso. Era increíble, exquisito.

Si bien ambos compartían en mismo gusto por ese mundo tan pervertido y libre, no hacían demasiada falta las explicaciones al

respecto. De repente le tomó del cuello con el fin de dejarla sobre la cama, en ese punto ya estaba hecho todo el Dominante que era.

De hecho, había cambiado su expresión y su forma de actuar, estaba más intenso y más contundente. Ella, sobre la cama, le daba placer que por fin iba a ser tomada como correspondía.

Él comenzó a atarle las muñecas con rapidez. La firmeza de las cuerdas sobre su piel le produjo una enorme excitación, era la preparación hacia algo más fuerte y más intenso. Por fin estaba en la situación que quería. No se sentía incómoda ni fuera de lugar. Estaba en el momento que siempre se imaginó estar.

Con los brazos extendidos sobre la cama, lo mismo que con los tobillos, el cuerpo de Mar estaba extendido y dispuesto para él. Daniel lo dijo una vez que estaban hablando, era un hombre que no le gustaban los rodeos, así que se trajo consigo un látigo que había sacado de un cajón.

Era pequeño pero esas lenguas de cuero danzaban por los aires como si estuvieran preparándose para la piel de ella. Mar lo miró y él también a ella, se volvieron a perder en esos ojos y por fin, en un instante, la situación completamente.

Experimentó ese ardor exquisito sobre su piel, ese dolor que la hizo vibrar por entero, esa sensación que le recorrió por el resto del cuerpo. Todo eso, además, también se manifestó en forma de un largo y profundo gemido. Tan delicioso, tan sensual.

Daniel era un hombre que podría disfrutar de ese tipo de estímulos sin importar nada. Amaba escuchar los gemidos y jadeos de su acompañante porque fungían como un importante estímulo para continuar. Así que lo hizo, una y otra vez.

La piel de los brazos, el torso y las piernas comenzaron a teñirse de un rojo cada vez más intenso. Eso contrastaba con su piel trigüeña, tan bella y suave. Él, mientras sostenía el látigo, se sentía como el hombre más poderoso del mundo, esa hambre de tío conquistador lo revitalizaba, le hacía sentir que podía con eso y con

cualquier otra cosa.

Descansó la mano y momento y luego se fijó en el cuerpo que tenía frente a sus ojos. Ella respiraba violentamente, el rostro estaba empapado de sudor y rojo, así como el resto de su piel. Sin embargo, sonrió lentamente y lo miró con esa complicidad de alguien que sabe lo que está a punto de pasar.

Daniel dejó el látigo en el suelo y se subió en la cama con el afán de tomarla de una vez por todas. Ahora estaba más que listo para ella. Colocó una mano sobre su cuello y apretó un poco, lo suficiente como para que sintiera la presión adecuada y mantuviera el nivel ideal de excitación.

Poco después, Mar sintió cómo él se estaba acomodando sobre ella, al colocar su verga muy cerca de su coño el cual estaba ya bastante húmedo y empapado.

-Eres mía desde que te vi... Sólo mía.

Ella gimió de la excitación y de repente sintió toda esa verga adentrándose en sus carnes calientes. Abrió la boca para exclamar unas cuantas blasfemias y también para rogar por piedad. Pero esta vez, no había cosa como esa, sólo le quedaba resignarse a los deseos de él, fueran tan retorcidos y pervertidos como fueran.

Primero lo dejó dentro de ella por un rato, pero luego comenzó a moverse lentamente para quedar envuelto en ese movimiento delicioso que tanto le gustaba, ese mismo que quería sentir para que ella también se perdiera en él. Mar se sostuvo de las cuerdas de cañamo mientras él entraba y salía de ella como le daba la gana.

Ella no paraba de gemir e incluso, llegó el punto en que ella se quedó callada porque estaba privada por el placer que sentía. Era como si su cuerpo no pudiera procesar completamente todo aquello, por lo que sólo podía quedarse allí, entregada a ello en su totalidad.

Se sentía más viva que nunca, sentía que podía desprenderse de su cuerpo e irse muy lejos de allí, sin que nada le importara. Entonces cerró los ojos y la fuerza y la intensidad se adueñaron de su

cuerpo, él apretó aún más y sus dedos también se juntaron para masturbarla con más fuerza. Estaba decidido a hacerla desfallecer.

Persistió por una cantidad de tiempo que ella no supo calcular exactamente pero no importó porque dejó libre todo eso que sentía dentro de su cuerpo. Lo dejó libre y su orgasmo explotó a modo de fluidos que terminaron de empapar los dedos de él y también en un intenso grito que rompió en ecos el resto de la habitación.

Daniel chupó los dedos y luego procedió a masturbarse para correrse en el abdomen de ella. Se frotó tan fuerte que incluso llegó a temblar con violencia, después echó su cabeza hacia atrás y por fin dejó salir ese chorro potente de semen que terminó por aterrizar en esa piel ya marcada por él.

Las gotas y los delicados hilos de semen dibujaban patrones irregulares sobre ella. Tan bellos, tan dulces que él se quedó mirándola de nuevo como si estuviera embobado... Y así era.

Con las pocas fuerzas que tenía en su cuerpo, Mar se incorporó lentamente para hacerle entender que quería un beso de su parte. Daniel le desató las muñecas y luego se encontró con ella en un beso y un abrazo tan cálidos e intensos que volvieron a perder la noción del tiempo y del espacio.

Después de limpiarse, los dos cayeron de nuevo sobre esa inmensa cama y se echaron a reír. Fue una especie de sesión flexible ya que tenía matices de todo tipo. Se dieron la oportunidad de abrirse y dejarse ser sin problemas, aunque sabían muy bien que todavía faltaba y que el camino apenas comenzaba.

V

La luz de la luna entraba y parecía acariciar la superficie de la madera de una manera agradable y sutil. Mar estaba embelesada con esa imagen, miraba los reflejos del vidrio y del metal del resto de los muebles del loft de Daniel.

Le gustaba que todo estuviera en completo silencio y oscuridad, puesto que le daba una ligera sensación de bienestar. Sonrió para sí misma mientras que él estaba en la cocina preparándole un sándwich. Era necesario recuperar las energías.

-Este sitio es tan tranquilo y agradable. Creo que no conocía un lugar así.

-Lo es. Por eso me mudé aquí. La ciudad me encanta pero a veces no está mal escapar del caos y regalarse un momento de paz. Me alegra que te guste.

Le sonrió y le entregó un pequeño plato con un sándwich de roast beef. Ella lo tomó con una amplia sonrisa y mordió sintiendo un intenso placer. Él la miró complacido y luego le extendió un vaso con té helado.

-Me parece que tenías un poco de hambre.

-Ja, ja, ja, lo siento, sí. Estaba famélica.

-No te preocupes. Me gusta verte un poco más tranquila.

-¿Cómo diste con esto, con este grupo?

-Uhhh, siempre he pensado que había sido un acto de casualidad. Pero lo cierto es que siempre sentí que tenía algo poco común y muy diferente del resto de la gente. Estaba volviéndome loco hasta que averigüé más al respecto. Para el momento en que lo hice, era apenas un crío. Pero, ¿sabes? Me sentí mucho mejor conmigo mismo y con el tiempo fue mejor porque comprendí que no estaba solo en esto. Que somos muchos más.

-A mí también. Pero en mi caso pensé que no tendría opción y que más bien debía resignarme porque no encontraría eso que tanto

había buscado. También me pasaba que a veces estaba con tíos y sentía que sólo estaban porque les daba lástima o algo así. Soy terriblemente insegura.

-Me di cuenta de eso y creo que es algo que debes intentar cambiar. La persona que esté contigo debe estarlo porque le gustas entera... Como tú me gustas a mí. Por cierto, ¿sabías que ya antes te había visto? Ja, ja, ja, creo que estabas cruzando para ir a tu trabajo, me quedé mirándote como un tonto hasta que el ruido de las cornetas me quitó la concentración.

Mar se sonrojó de repente y se encontró a sí misma sin posibilidad de pronunciar palabra alguna.

-Ahora sí me gustaría hablar de algo un poco más concentrado y muy diferente. ¿Tienes alguna fantasía o situación que te gustaría recrear? Uhm, en mi caso creo que he hecho muchas cosas, pero supongo que es interesante tener la mente abierta para cualquier situación.

Él tomó el banco del desayunador y se sentó frente a ella, mirándola con toda la concentración que tenía. Ella se sintió un poco intimidada porque ciertamente tenía algo en mente, de hecho, estuvo a punto de responder pero temió ser juzgada. Trató de cambiar la respuesta pero ya Daniel se había dado cuenta de lo que estaba pasando por su mente.

-Tranquila, eh, no te voy a juzgar. Estamos hablando en el mismo idioma, si sabes a lo que me refiero. Tienes que sentir que tienes la libertad de manifestar todo lo que quieres y sientes. Así que, hazlo.

-Es que me parece un poco turbio... No lo sé.

-Anda, vamos.

-Bien... Bueno, es que me gustaría que me colocaran en una mazmorra o un lugar un poco oscuro y siniestro. Un sitio en donde pueda ser incapaz de saber lo que pasará pero que tenga la sensación de que ocurrirá algo. Cadenas, cuerdas, látigos y claro, mi servicio entero a mi Amo. Porque servirle es lo que más quiero en la vida. Es

el propósito de mi vida.

Daniel se quedó impresionado y pensó que esa confesión le había caído a la perfección.

-Ven conmigo. -Le dijo con toda la seriedad del mundo.

Mar se bajó de la silla y lo siguió hacia otra estancia del loft, un lugar que estaba cerca de la cocina. Ambos se detuvieron en frente a lo que parecía una sólida pared de ladrillos rojos. Sin embargo, ella se dio cuenta de cómo esta se abría lentamente hasta descubrir un pasillo oscuro y corto.

-Sígueme.

Ella lo hizo como si estuviera bajo alguna especie de encantamiento. Sintió el suelo frío debajo de sus pies pero aun así lo siguió. Quería descubrir eso mismo que no sabía qué era.

De repente escuchó el sonido de un interruptor y se iluminó la habitación. Cuando la vio, abrió los ojos como platos. Era una habitación oscura, con una cama pequeña y unos cuantos grilletes en la pared, de estos, salían un par de pesadas cadenas de metal. En ese lugar no había iluminación salvo la que colgaba del techo.

Mar se adentró a ella dando pasos pequeños. Estaba maravillada, no podía creer en el lugar en donde se encontraba, era como si estuviera en un sueño. Segundos después, las manos de Daniel le tomaron el torso y el cuello. Apretándolos con fuerza, mientras ella tenía la mirada concentrada en el espacio que tenía en frente.

-Qué bueno que ya encontré a mi esclava. ¿Lista para jugar?

-Siempre.

EPÍLOGO

Después de sujetarle las manos con los grilletes, de colocarle las frías cadenas sobre sus muñecas, de aprovechar su espalda como el lienzo perfecto para los azotes y el castigo que debía recibir ella como la buena sumisa que era. Esa noche inesperada, Mar se convirtió en la sumisa de un Daniel sediento de ella, de un Daniel que no podía cansarse de ella.

Él se convirtió en su maestro, en su Señor, en su Amo, en todo. Le enseñó cosas que había desconocido pero que él sí porque tenía experiencia. Daniel, después de pensar que quizás su vida debía pasar por relaciones aburridas, ahora pareció entender que la conexión lo era todo. Y lo es todo.

Estaba feliz y se notaba en las veces en que se veían, en las conversaciones que tenían y en los tiempos que compartían juntos. El entusiasmo de Daniel era más que evidente, sin embargo, Mar comenzó a experimentar una terrible inseguridad en sí misma y en las cosas que le estaban pasando.

La primera vez le costó entender cómo un hombre como ese podría estar realmente interesado en ella. Aunque trató de espantar esos demonios, estos fueron mucho más fuertes a tal punto que comenzaron a hacer mella en la seguridad que sintió por un momento en la relación.

Eso se vio afectado mayormente por los comentarios de las mujeres sobre él. Incluso, se topó con un artículo sobre las novias del médico más sensual de Nueva York. Ella no podía estar con él, era algo que no tenía sentido.

Entonces comenzó a pedir más horas de trabajo y hacer cursos extra en la universidad, con la excusa de tener tiempo para sí misma. Necesitaba pensar, poner las cosas en orden.

Daniel no comprendió nada de lo que estaba pasando. Las cosas iban más que bien pero dieron un giro de 180°. Trató de confrontarla

pero sabía que eso provocaría que ella no hablara bien.

Un día decidieron encontrarse después de almorzar. El Central Park fue el escenario que tomó Mar para decirle a Daniel que necesitaba un tiempo para pensar. La confusión y la incredulidad eran demasiados para ella y tenía que poner en orden sus emociones.

Él tuvo el impulso de decirle que no, pero sabía que aquello tampoco sería muy maduro de su parte. A pesar de sus sentimientos, la dejó ir.

Durante el tiempo que estuvieron alejados, Mar aprovechó para procesar mejor las cosas. Estaba consciente que todo había sido demasiado rápido y que aquello la había abrumado.

Pero también tenía que darse cuenta que debía aceptar el hecho de que él quería estar con ella y que eso no significaba la presencia de una agenda oculta. Sino todo lo contrario, él había sido muy sincero con ella desde el principio y le permitió ser como quería desde siempre. Ella debía retribuirle todo aquello.

Daniel, en cambio, estaba triste y poco descolocado, así que como era de esperarse, se refugió en horas y horas interminables de trabajo, incluso participó en investigaciones realizadas por institutos de renombre. No obstante, extrañaba a Mar y deseaba que en algún momento ella regresara. Su ausencia le estaba afectando más de lo que había creído.

Después de un largo día de trabajo, cerró la puerta tras sí y fue hacia la cocina para prepararse un trago. Poco después, escuchó la puerta y cuando fue a abrir, la encontró. Con esa expresión de miedo. Ella no le dió oportunidad siquiera de decir palabra alguna.

-Lo siento. Sé que tuve que llamar. Lo que pasa es que me confundí, tuve miedo de que todo esto fuera mentira y necesité un poco de tiempo para entender todo. Lo siento, sé que fue un poco egoísta.

Él la abrazó con tanta fuerza que Mar sintió que le habían quitado un peso de encima.

-Lo necesitabas. Necesitabas creértelo por tu cuenta.

Se quedaron allí por un rato hasta que entraron al loft. Él le sostuvo la mano y la llevó hacia ese lugar oscuro, hacia su mazmorra. Mar tampoco podía esperar, había ansiado demasiado el estar con él y estaba más que feliz de poder hacerlo.

-¿Estás lista?

-Siempre.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor deja una review del mismo (no tardas ni 15 segundos, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo pueda seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible).

Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis "La Bestia Cazada" para empezar a leer :)

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

[Esclava Marcada – Alba Duro](#)

[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y](#)

Mafioso

(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Sumisión Total – Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)

“Bonus Track”

— Preview de [*“La Mujer Trofeo”*](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *“Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros

hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa

es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonríe y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me

imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.

